

C I S E C

**MANIFIESTO
POR LA PAZ
Y LA
NO-VIOLENCIA**

CLAUDIO ORREGO VICUÑA

www.archivopatriciaaylwin.cl

391 C3

Santiago de Chile

www.archivopatriciaoylwin.cl

391 c3

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOECONOMICAS
(CISEC)

Serie D: Por el Camino de la Paz

**MANIFIESTO
POR LA PAZ
Y LA
NO-VIOLENCIA**

CLAUDIO ORREGO VICUÑA

Ad instar. manuscripti

Santiago de Chile

Edición de 2.000 ejemplares.
Primera Edición.
Santiago de Chile, 1978.

Talleres Gráficos Corporación Ltda.
Alonso Ovalle 748.
Santiago, Chile.

DEDICO estas páginas a mi amigo
EDMUNDO PEREZ YOMA, quien conoció
la vileza de la violencia en su propia vida y
que, sin embargo, no fue doblegado ni por
el odio, ni por el rencor, ni por la venganza.

PRESENTACION

CISEC considera que la conquista de la Paz social, política y espiritual es un objetivo altamente prioritario de la sociedad chilena. Es una tarea a la cual el Santo Padre, Paulo VI, recién fallecido, llamó a los cristianos con insistencia. También ha sido un tema recurrente en el anuncio evangelizador del Episcopado de la Iglesia Católica chilena.

El tema de la Paz ha sido reiterado en las publicaciones que CISEC ha realizado en torno a la creación de una nueva institucionalidad democrática para el país. Sin embargo, una elaboración más acabada ha permitido retomar conciencia de las múltiples dimensiones de la tarea de construir la Paz entre los hombres.

La Paz no puede ser sólo una tarea sociopolítica. Es una vocación que surge de lo más profundo del corazón humano y se fundamenta en la misma dignidad espiritual de las personas, llamadas a ser Hijos de Dios.

Estas diferentes dimensiones del desafío de la Paz fueron analizadas, recientemente, en las Primeras Jornadas Chilenas por la Paz y la No-Violencia que, con la participación ecuménica de diversas iglesias e instituciones, se realizaron en Santiago, los primeros días de julio de 1978. Allí se perfilaron ricas y creadoras vetas que explorar en la tarea de hacer posible la Paz entre los chilenos.

Por estas razones, CISEC estima del más alto interés para sus lectores la publicación de este ensayo que sobre el tema ha preparado el escritor y profesor Claudio Orrego Vicuña, uno de los expertos que colaboran con nuestra institución. Hay en sus páginas material para abrir camino a una amplia y libre reflexión creadora sobre el tema de la Paz en Chile, como una tarea que compete a todos los chilenos.

P. MARIO ZAÑARTU S.J.
Director

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no pretende tener mucho de original. Muchas son ideas en boga desde hace mucho tiempo en las espiritualidades del Occidente y del Oriente. Otras han ido surgiendo de reflexiones iluminadoras en conjunto con otras personas. Algunas, talvez, constituyan mi aporte a este debate.

La intención, en todo caso, es haberlas podido ordenar, sintetizar y explicitar de manera de convertirlas en elementos útiles para todos quienes se preocupan de la Paz entre los chilenos. Esta es la razón por la que se da a la publicidad este Manifiesto por la Paz y la No-Violencia.

Quiero agradecer a aquellas personas con las cuales he trabajado más estrechamente en la formación de un Movimiento para la Paz en Chile. Aun cuando asumo la total responsabilidad de este escrito, mucho de ellos se haya presente en estas páginas. Agradezco, en especial, a Lucy Cristi de Blanco, a Irma Olmos de Luco, a Ramón Downey, Guillermo Blanco, Augusto Fernández, Humberto Lagos, Juan Paluz, Patricio Pietropaolo, Alvaro Barros, Carlos Coopman, Mario López y Domingo Namoncura. También a los Obispos que trabajaron en el documento del CELAM sobre la no-violencia.

Las citas del pensamiento del Mahatma Gandhi pertenecen todas al libro "Todos los Hombres son Hermanos". Ediciones Sígueme, Sociedad de Educación Atenas. Madrid, 1976. No se hacen las referencias bibliográficas pertinentes con el solo fin de alivianar el texto del trabajo de toda posible erudición.

El Autor.

INTRODUCCION

El tema de la Paz se hace cada vez más cotidiano entre nosotros. Se percibe como una necesidad a satisfacer en una sociedad tensa y angustiada. Podríamos decir que hay una sed de Paz entre nosotros, y a ello se debe que el tema haya dejado de ser patrimonio de clérigos y moralistas y se haya convertido en preocupación general.

Un breve diagnóstico nos señala que nuestra sociedad está enferma de miedos. Todos nos tenemos miedo unos a otros. Los ricos a los pobres y los pobres a los ricos. Los civiles a los militares y los militares a la venganza de los civiles. Los políticos a los hombres de negocios y éstos a los políticos. La gente de derecha a la de izquierda y viceversa.

Estamos en presencia de miedos entrecruzados. También traumáticos y, por lo mismo, irracionales. Las pasiones predominan por sobre la razón entre nosotros. Los rencores del pasado tienen más sitio en nuestros corazones que las expectativas del porvenir. Y por esta razón, el país corre el riesgo de sufrir la tragedia de la mujer de Lot: de tanto mirar hacia atrás, perder todo destino hacia adelante.

Como todos los fenómenos sociales, las razones hay que buscarlas no en el terreno de la demonología —disciplina tan en boga entre nosotros— sino que en los procesos históricos que están en su base.

La sociedad chilena no ha tenido jamás una experiencia social de la violencia. Siempre que ella se ha dado entre nos-

otros, ha sido de forma circunscrita y parcial. No hemos conocido las tragedias seculares de las naciones europeas en guerra, unas con otras, ni la violencia masiva tal como ella se ha dado en muchos países de la América Latina. Ciudades devastadas, muertos inocentes, mujeres violadas, riquezas saqueadas son fenómenos ajenos a nuestra experiencia.

La guerra de Arauco, por ejemplo, se dio circunscrita a la llamada zona de La Frontera. Y a muy poco andar la colonización de Chile, esa guerra fue sostenida por un ejército profesional permanente —uno de los primeros que existieron en el mundo de la época—, lo que liberó a la población civil de la mayor parte del territorio de toda participación o riesgo.

Las guerras de la Independencia fueron talvez la mayor cercanía de violencia que conocieron los chilenos. El avance y retroceso de las tropas españolas de Concepción hasta Santiago representaron el paso del fuego por sobre las provincias centrales. Pero las campañas también fueron breves y las ciudades —con la excepción de Rancagua y Chillán— fueron más bien lugares de campamento que de combates.

La Guerra del Pacífico se dio en escenarios distantes a miles de kilómetros del Chile poblado. Estuvo limitada tan sólo a los combatientes. Igual cosa ocurrió con la Guerra Civil de 1891.

Por último, las formas de violencia social también estuvieron siempre circunscritas tanto geográficamente como desde el punto de vista de los actores implicados. Hechos trágicos como Santa María, La Coruña, Ranquil, el Seguro Obrero, Pampa Irigoín y otros, fueron incidentes aislados que no afectaron al cuerpo social como un todo.

Súmese a esto el clima de tolerancia democrática que representó la tradición política chilena y se tendrá la evidencia de que la masa de la población no conoció la violencia como experiencia directa.

Sin embargo percibió su ferocidad. Desde la Guerra de Arauco, el chileno ha sido culturalmente socializado en el temor a la violencia y en la percepción del salvajismo con que ella se ha dado entre nosotros. No la conoció directamente, pero la tuvo como una constante advertencia cultural de sus riesgos, peligros y fatales consecuencias.

Puede decirse, con bastante fundamento, que la sociedad chilena comienza a percibir la violencia como un fenómeno general tan sólo en la década del 70. Tampoco puede exagerarse, en términos de sostener que la violencia política chilena haya sido comparable a la de otras sociedades. Pero ella debe ser interpretada en relación al contexto cultural y psicológico en que se movían y se mueven los actores sociales.

A partir de 1971 se genera un clima de violencia social muy grande. El no es cuantificable en relación al número de víctimas objetivas que hubo, ni en relación a la magnitud de los conflictos sociales. Fue un clima, fundamentalmente, expresado en formas de agresión psicológica, en la violencia personalizada y en la amenaza subjetiva de exterminio.

Perdido el clima de la tolerancia democrática se produjo una forma de agresividad social que se expresaba en la descalificación tajante que unos chilenos hacían de otros. Esto se manifestaba en la prensa, en los medios de comunicación de masas, en las reuniones sociales, en los lugares de trabajo, en los barrios y poblaciones, en los campos, en los colegios y universidades y hasta en los propios hogares.

Era el compañero de trabajo que amenazaba a su colega, el poblador que insultaba o apedreaba a su vecino, la dueña de casa agredida en la cola del almacén, el estudiante por su compañero o el profesor por éstos. En resumen, una experiencia generalizada de agresividad psicosocial que amenazaba con irrumpir en una violencia generalizada. Todo esto en un marco de desorden desquiciador, de tomas con fuerza física, de peleas callejeras, de marchas y contramarchas.

Ahí nace la primera expresión del trauma. Este se da de preferencia entre los grupos altos y medios que son los más amenazados en su status y en su forma de vida, en sus valores y tradiciones. Sin embargo, no puede ignorarse que el fenómeno es generalizado y que la pobladora o el campesino, o el técnico industrial o el obrero fabril se sienten igualmente amenazados por sus iguales, por razones de discrepancia político-ideológica.

Esos sectores quedan profundamente afectados por lo ocurrido. Podrá percibirse como exagerada su reacción, pero no puede ignorarse que sociológicamente valen más los hechos ta-

les como son percibidos por los actores que como ellos se dan, objetivamente, en la realidad.

Con los hechos que se suceden, la inseguridad y el miedo cambian de signo y se encarnan en otros actores. La burguesía alta y media y los sectores populares de filiación no marxista se sienten tranquilizados y seguros. Pero los partidarios del antiguo régimen perciben en un grado extremo su inseguridad, la violencia ejercida en su contra y su temor. En este caso, el temor deja de ser compartido por toda la sociedad porque las restricciones a la libertad de expresión impiden que se manifieste la protesta y la defensa de los afectados, mientras que la violencia se aplica en forma silenciosa.

Este círculo del temor se va ampliando con el correr del tiempo. En nuestro ensayo sobre "Un Estatuto para la Paz en Chile", describíamos en 1977 el fenómeno expansivo que representa la búsqueda de la seguridad total: cómo se parte por el extremismo armado y se termina en los grupos pacíficos del centro. Eso ha ocurrido en Chile en forma muy clara.

Esta vez es el temor a ser denunciado como marxista, o por estar "haciendo política", o por tener algún pariente extremista. Ello puede significar la pérdida del trabajo, la cancelación de la matrícula escolar, la vigilancia, la detención, el exilio, la tortura y hasta el desaparecimiento. Todo esto en un clima de absoluta denegación de justicia para las personas, de alta cesantía y de información controlada que agudiza la inseguridad en términos dramáticos.

Hay muchos chilenos —la mayoría de buena voluntad pero muchos por complicidad o perversión— que se niegan a entender este fenómeno. No lo perciben, sino como un invento fantasmagórico. Sin embargo, es parte muy cruda del temor que invade la sociedad chilena y del temor de muchos que estos excesos y crímenes lleven a un retroque de venganza.

En muchos sectores de chilenos —aun aquellos que forman nuestro entorno más íntimo— no se puede percibir, ni imaginar, la cuota de angustia, de miedo y de dolor que han vivido miles de chilenos, ya sea directamente por experiencia propia, o indirectamente como testigos, confidentes o meros servidores en la tarea de alivianar el dolor del prójimo.

Sin embargo, en medio de estos temores entrecruzados y traumáticos, el Espíritu de Dios ha ido abriendo paso a la vivencia de la Paz. A la esperanza de la Paz. A la lucha por construir la Paz.

Estoy profundamente convencido de que el pueblo chileno ha madurado. Más allá de lo que nadie puede suponer. En su silencio ha ido germinando, nuevamente, la semilla de la sensatez, de la tolerancia, del sentido común.

Un grupo creciente de chilenos se ha convencido de que la sociedad no se presenta en términos de blanco o negro; de tú o yo. Se da en el matiz, en la tolerancia, en la necesidad inevitable de convivir. Y ello se valoriza a la luz de la tradición espiritual y política de la República.

Los chilenos —y particularmente los jóvenes— no tienen interés en vivir reabriendo heridas del pasado o replanteándose querellas añejas. Tienen el legítimo derecho a mirar hacia el porvenir y buscar soluciones y respuestas a sus problemas de hoy.

Esta es la razón que me ha empujado a escribir este Manifiesto. Estoy radicalmente convencido de que Chile es una tierra sedienta de Paz. Todos necesitamos seguridad, afecto, comprensión, y creo que nos los podemos dar unos a otros en la medida en que percibamos la urgencia de la Paz y digamos, desde el fondo de nuestra alma un rotundo no a la violencia.

A eso los invito en estas páginas. Exploratorias, y por ello provisionales, por que ninguna persona puede responder por sí sola a las interrogantes y esperanzas de todo un pueblo. Esa es una tarea colectiva en la cual uno sólo puede tener la pretensión de ser un obrero más que contribuye a construir un futuro posible.

Como un acto de filial adhesión a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, hago mía y proclamo como propia la frase del Papa Paulo VI: HERMANOS, LA PAZ ES POSIBLE.

CLAUDIO ORREGO VICUÑA
Santiago, agosto de 1978.

I. LA PAZ COMO OBJETIVO

www.archivopatricioaylwin.cl

La Paz es un don de Dios que los hombres podemos pedir y recibir. Ella es la expresión de la reconciliación del hombre caído con cuanto forma parte de su realidad. La Paz es armonía consigo mismo, armonía con el prójimo, armonía con la naturaleza creada y, particularmente, armonía con Dios, el Creador.

La Paz sería el estado natural del hombre de no mediar el pecado original. Es, ciertamente, nuestro destino en el Reino de Dios. Y por ello, es nuestra tarea en esta tierra: "Bienaventurados los artesanos de la Paz, porque ellos serán llamados Hijos de Dios" (Mt. 5,9. Biblia de Jerusalén, versión francesa).

¿Qué puede haber de llamado más profundo, más emocionante y más generoso para el hombre que ser llamado Hijo de Dios? ¿Qué creador le da filiación a la criatura salida de sus manos? ¿A qué honor más superior puede aspirar una criatura que hacerse parte de la eternidad por obra del Espíritu?

La tarea de la Paz, en consecuencia, forma parte del desafío más profundamente humano que podemos asumir. Es una parte del camino que nos abre paso hacia la vida eterna. Es una forma de ser, propiamente consecuente con la esencia de nuestra naturaleza.

Pero la Paz no debe ser entendida como una armonía estática y pasiva. La Paz es, esencialmente, vida, movimiento, cambio. Es el Papa Paulo VI quien en su mensaje sobre la Paz, en 1970,

nos decía que "el orden humano es un acto más que un estado" y por ello para que un orden sea armónico, "para ser en verdad orden humano, ha de perfeccionarse siempre, es decir, ha de engendrarse y evolucionar constantemente; esto es, consiste en un movimiento progresivo, como el equilibrio del vuelo que ha de ser sostenido cada instante por un dinamismo propulsor". Y en ese sentido, "la Paz quiere ser el signo del tiempo que viene, el símbolo de buena esperanza para todas nuestras vicisitudes futuras, el programa de nuestra historia".

El mismo Papa Paulo, en su mensaje del año 1975, nos reiteraba la importancia de no percibir a la Paz como algo muerto y pasivo. "La Paz debe ser 'hecha', debe ser engendrada y producida continuamente; es el resultado de un equilibrio inestable que sólo el movimiento puede asegurar". Y agregaba que "la Paz no puede ser ni pasiva ni opresiva; debe ser inventiva, preventiva, operativa".

En su mensaje del año anterior, 1974, también había retomado el tema y nos predicaba que "la certeza de la Paz no consiste solamente en el ser sino también en el devenir. Lo mismo que la vida del hombre es dinámica. Su reino continúa extendiéndose principalmente en el campo deontológico, es decir, en la esfera de las obligaciones. La Paz está, y por tanto debe seguir siempre, en fase de continuo y progresivo afianzamiento".

1. Los Niveles de la Paz

Siguiendo la vieja doctrina tomista, tan bien explicitada por Jacques Maritain, debemos comenzar distinguiendo para unir. La Paz no es un concepto unívoco ni lineal. No dice relación —ya lo vimos en sus cuatro dimensiones de armonía— ni con la ausencia de guerra, ni con la dimensión exclusivamente internacional, ni tan siquiera con un mero sentido social.

La Paz puede desglosarse en varios niveles y es ello lo que permite que sea una tarea en la cual puedan comprometerse todos los hombres, sin consideración de posición cultural o de status socioeconómico. Ella es una tarea abierta a todos.

Es por esta razón que la tarea de la Paz no tiene plazos. Comienza AHORA. En el momento mismo en que cada cual toma conciencia de su necesidad y está dispuesto a contribuir a la armonía de la vida.

Sin pretensión de ser exhaustivos, podemos afirmar cuatro niveles de la Paz en los cuales todos, de diferente manera, podemos ir construyéndola.

a) La Paz Individual.

La primera armonía que debemos encontrar es con nosotros mismos. Nadie puede transmitir ninguna Paz, si se encuentra en una posición de frustración o de profunda insatisfacción consigo mismo.

La cultura moderna se ha caracterizado por un proceso de neurosis creciente en las personas, e incluso de rasgos neuróticos ya estructurados socialmente. Las condiciones de la vida urbana y las exigencias de la tecnología rompen esa armonía natural en que el hombre vivió durante su larga historia en la Tierra.

El diván del psiquiatra es una institución de uso recurrente. Y lo sería muchísimo más si no estuviera aún rodeado de un cierto hálito vergonzante y no implicara un costo económico tan elevado. Este es el reemplazo laico del confesionario que conocieron generaciones consecutivas de hombres en el Occidente.

Sin embargo, éste es un elemento muy esencial de comprender. Debemos trabajar por una cultura donde el hombre tienda a sentirse en armonía consigo mismo. Contra ello, por cierto, conspiran todos quienes utilizan los medios de comunicación de masas tratando de convencer a las personas que su felicidad, su éxito, su status, dependen de los niveles de consumo que alcance.

Y así, aquel que no logra "sentirse como tigre" frente a las mujeres tenderá a deprimirse. Quien no logre alcanzar el "automóvil del hombre de hoy" o la ropa que "transforma la personalidad" comenzará a percibirse como un fracasado. Y de ello no nacen el respeto y la armonía con uno mismo, sino el resentimiento que termina transmitiéndose a los demás.

El sentido de los derechos y dignidades propias no pasa por la falta de respeto personal o por el rencor consigo mismo. Pasa por una forma de humildad que permita percibirse como formando parte de un todo en el cual todas las partes tienen una irremplazable función que cumplir.

La armonía con uno mismo pasa por aceptarse como uno es. No tratar de ser alguien distinto. Y por lo tanto, de quererse tal como se es: con sus virtudes y sus defectos, con sus ventajas y sus limitaciones. Se aplican aquí las palabras de San Pablo: "El cuerpo no se compone de sólo un miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: 'Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo' ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: 'Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo' ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? ¿Y si fuera todo oído, dónde el olfato? Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en

el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano ¡no te necesito! Ni la cabeza a los pies, ¡no os necesito! Al contrario, los miembros del cuerpo que parecen más débiles son indispensables... Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno por su parte" (I. Cor. 12,14-22,27).

Sólo entendiéndose en plena armonía con la dinámica purificadora y creativa del Plan de Dios nos encontraremos en armonía con nosotros mismos. Y esta comprensión no exige, necesariamente, la fe, puesto que cada uno de nosotros tiene en su interior esa dosis de sentido común y de sentido de las proporciones que nos permite, humana y naturalmente, descubrir nuestro propio camino de autorrespeto.

b) La Paz Familiar.

La familia es simultáneamente la primera extensión del Yo hacia el Tú y la primera aproximación de la sociedad hacia el Yo. Es la instancia donde la vida social se hace más personal y más íntima.

Construir la armonía en la vida familiar es, podría decirse, el primer peldaño en la tarea de construir la paz, después de haber alcanzado la armonía con nosotros mismos.

Como jóvenes en el hogar paterno o como adultos en el hogar que formamos, la construcción de la armonía entre las diversas partes del "cuerpo familiar" constituye un gran desafío.

Es difícil pensar que quienes viven su familia como un campo de batalla puedan convertirse en artesanos de la Paz. Más bien nuestra experiencia personal de todos nos indica que la armonía que alcancemos en el hogar se transmite —en forma muy profunda— a los grados de armonía que encontremos con nosotros mismos y con la sociedad en la cual estamos insertos.

En ese sentido, la familia es como una bisagra que articula la relación entre la persona y la sociedad.

Por esta razón, sin pretender hacer una sociología ni una moral de la familia, parece necesario consignar su importancia como un nivel en la construcción de la Paz.

Nivel tanto más importante, cuanto permite que todos los seres humanos perciban la construcción de la paz como una tarea personal, al alcance de cada cual. Y si percibimos que las personas pueden educarse para la Paz, podemos apreciar la importancia que este nivel de análisis adquiere para nuestra construcción conceptual y humana.

c) La Paz Social.

Los hombres debemos encontrar la armonía con los demás hombres, nuestros hermanos. Asumiendo con plena conciencia y lucidez las heterogeneidades de la naturaleza y de la acción humana, debemos ir encontrando formas de estructurar una convivencia armónica.

Ello supone aceptar la heterogeneidad y el conflicto que de ella nace. Pero aceptarlo no implica rendirse abatidos ante su inevitabilidad. Se trata de superarlo en la búsqueda permanente de la armonía.

Expresión de esta armonía de la Paz perfecta es el clásico texto del profeta Isaías: "Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pasearán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa serán compañeras, juntas acostarán sus crías, el león como los bueyes comerán paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé, como cubren las aguas del mar" (Is. 11,6-9).

De más está decir que la presencia del mal en el mundo hace imposible esta visión idílica antes del advenimiento del Reino. Sin embargo, nos enseña la línea de tendencia. Hacia allá debemos avanzar en la tarea de construir una armonía entre los hombres. La posibilidad de convivir entre los contrarios; entre quienes aparentemente fueron hechos para destruirse unos a otros.

La paz social es ciertamente un nivel muy prioritario en el Chile de hoy. Su ausencia manifiesta es un terrible impedimento para alcanzarla en los demás niveles en que esa armonía debe expresarse.

Por cierto que no se trata de desconectarla de los demás niveles y de concebirla como una tarea autónoma. Pero sí de percibir que es en este nivel donde se generan conflictos que repercuten tanto en la armonía con uno mismo, como en la armonía familiar y en la armonía entre las naciones.

La ausencia de paz social en Chile es un foco multiplicador de conflictos en los demás niveles. De ahí la importancia de abrir paso a un movimiento social que coloque su reconquista como un objetivo muy prioritario.

d) La Paz Internacional.

Este sería el cuarto nivel en que se debe construir la armonía del hombre con su entorno objetivo y subjetivo.

El magisterio social de la Iglesia nos ha señalado en forma muy reiterada que no se puede confundir la Paz con la ausencia de la guerra. Es algo sustancialmente más profundo y más rico. Se trata de encontrar la armonía entre las naciones de manera de hacer del género humano una verdadera comunidad.

El proceso de planetarización de la vida humana, la creciente interdependencia e intercomunicación de los pueblos en que éste se expresa hacen de este cuarto nivel un desafío crecientemente importante.

Se trata de que los pueblos se perciban como partes de un mismo cuerpo que es el género humano. Que busquen la armonía de su variedad cultural, geográfica, climática, de recursos naturales como una forma de complementarse creadoramente unos a otros. Que desarmen sus recelos y sus resentimientos, y que en vez de prepararse para destruirse unos a otros, asuman en conjunto la tarea de construir la Paz, entendida como progreso y bienestar entre los pueblos.

Los problemas de la desigualdad entre las naciones ricas y las pobres, la carrera armamentista, la tregua al borde del conflicto atómico y tantos otros forman parte del desafío de este cuarto nivel. Por cierto que también implica la conquista de la armonía entre las naciones vecinas, llamadas a complementarse en la tarea de encontrar una armonía con la naturaleza, con los demás hombres y con Dios.

Para trabajar por la Paz, creemos importante distinguir los diferentes niveles en que ella puede ser construida. Y de su solo enunciado podemos concluir que en la variedad de sus niveles está la posibilidad de hacer de ella un gran objetivo del cual nadie se sienta o sea excluido. Hay, por cierto, talentos y posibilidades diferentes según los grados de dificultad que los distintos niveles y desafíos plantean; pero en la tarea de construir la Paz, siempre hay un espacio y un nivel en el cual todos pueden participar.

La Paz es un objetivo que no tiene barreras de edad ni de profesión, ni de cultura, ni de estado civil, ni de credo religioso. Todos tienen un lugar —en diversos niveles según los casos— en el cual convertirse en artesanos de la Paz. Y no podría ser de otra manera, puesto que siendo todos hijos de un mismo Padre, que es Dios, la bienaventuranza está abierta para todos ellos, sin discriminación alguna.

La Paz puede distinguirse en sus diversos niveles, pero también puede distinguirse en su estilo de construcción. Demos un paso más.

2. La Paz como Vocación

La tarea de la Paz no es reducible a una ideología diferente y antitética a otras. Es fundamentalmente una manera de ser y de percibir nuestra relación con nosotros mismos, con nuestro prójimo, con la creación y con el Padre Creador.

En consecuencia no puede formularse como una idea más entre las muchas en boga. No es algo para hablar de, sino para vivir en. Es, en otras palabras, una vocación. Y como toda vocación tiene sus reglas que seguir y sus exigencias que cumplir.

a) La Conversión Personal.

No hay Paz en el mundo sino en la medida que hay seres pacíficos que la sostengan, la cultiven y la defiendan. Ella debe encarnarse y hacerse parte integral de los actores individuales y colectivos de la vida social.

Pero nuestra naturaleza caída tiene como un ingrediente consustancial la tendencia a la agresividad, a la violencia, al rencor, al odio. Todos tenemos algo de eso en el fondo de nuestra alma. Se trata, entonces, de reducirlo, de irlo arrinconando, de ir superando nuestra debilidad para abrirles espacio interior al amor y a la paz.

Esa raíz propia de la naturaleza humana se ve, además, fortalecida por los climas culturales y espirituales que se desarro-

llan en una sociedad. La tendencia al sectarismo, a la intolerancia, a la descalificación personal, a la violencia destructiva son parte del mundo espiritual en que vivimos, al interior de Chile y en el mundo.

Es por esta razón que el primer paso hacia la Paz debe ser el de una profunda conversión personal. Asumir el largo y difícil proceso de hacernos "artesanos de la Paz", de vivirla como una realidad interior muy profunda y sagrada. Ir desmontando, uno por uno, todos los mecanismos del egoísmo, de la vanidad, del rencor y de la violencia que guardamos en nuestros corazones.

La Paz debe partir desde nuestro interior más íntimo. Sólo así se convertirá en una fuerza social transformadora. Ella no puede ser solamente una palabra, una insignia, una bandera, si no quiere rozar superficialmente las estructuras reales del hacer humano.

Debemos estar conscientes de que esta tarea no es fácil. Las conversiones son largos procesos de lento perfeccionarse y de práctica progresiva de ciertas actitudes. Hasta que ellas se vayan haciendo connaturales a nuestra manera de ser. Son procesos cíclicos, en los cuales muchas veces se cae y se debe recomenzar. Es un camino que nos impone un deber de humildad y, sobre todo, de una profunda convicción en los ideales que se sustentan.

Tan sólo si somos capaces de amar a nuestro prójimo podremos querer la Paz como un objetivo central de nuestra vida. Ese será el signo distintivo de nuestra sinceridad y de nuestra autenticidad de pacíficos.

La tarea de la Paz no puede ser una moda o un refugio para escaparse de los desafíos y dilemas del mundo. Ella es una vocación de tal manera profunda que nos irá transformando radicalmente.

Entendida dinámicamente como una vocación la Paz es un camino de enorme riqueza por el cual transitar. Es por ahí donde podemos ir construyendo una vocación personal abierta y creadora, de manera de alcanzar los niveles de autenticidad que configuran una existencia limpia.

La vocación de la Paz está estrechamente ligada a la construcción de personalidades purificadas en el amor y en la con-

vivencia libre. No es ella un signo de mojigatería sino que de libertad creadora.

Es comprensible, entonces, que la tarea de la Paz encuentre un eco mayor entre quienes viven su vida de manera más libre y con menos ataduras a las reglas establecidas del mundo. Son los jóvenes quienes tienen una particular sensibilidad por el tema de la Paz, en la medida en que sus vocaciones están aún en proceso de definición; en que buscan caminos por los cuales llegar a ser más humanos y más perfectamente humanos. Son, también, los artistas quienes encuentran en la tarea de la Paz un espacio de pureza espiritual en el cual echar a volar su capacidad creadora.

La vocación por la Paz es profundamente personal. Nace de la voluntad más íntima de existir de un modo nuevo, ligado al ser y no al tener, al amar y no al odiar.

La lucha por construir la Paz sería, entonces, tan lenta y difícil cuan lento y difícil sea el proceso de conversión interior de los artesanos. Y será tan masiva, cuantas más personas se hayan compenetrado interiormente con ella. Eso no puede perderse de vista, a riesgo de no hacer nada duradero y sólido.

b) Un Estilo Nuevo para la Paz.

Esa conversión personal si quiere tener eficacia social debe ser capaz de traducirse en un estilo que la facilite en su percepción y que vaya transformando el entorno cultural en el cual vivimos.

El primer ingrediente de ese nuevo estilo tiene que consistir en la quiebra de las expectativas de agresión que se dan en nuestra sociedad. Todos vivimos a la defensiva, esperando que los demás nos agredan en razón de nuestras convicciones religiosas, nuestros ideales políticos, nuestro status socioeconómico o nuestras actividades profesionales. Y como hay personas que parecen vivir tan sólo para dar rienda suelta a sus odios y sus egoísmos personales, esa actitud se va viendo reforzada o se va transformando en un hábito.

Creo que la mayoría de nuestras querellas tienen un origen subjetivo que nace de este diálogo de sordos constituido por

la expectativa de agresividad. Basta hacer el esfuerzo de traslucir respeto y amistad por las personas para que aun los peores desacuerdos puedan ser discutidos en forma amable y civilizada.

Distinguir entre las ideas y los hechos, por una parte, y la dignidad y el respeto que merecen las personas, por otra, es el elemento central para arrinconar la agresividad social de los chilenos. Se puede estar en desacuerdo sobre las ideas, combatir ciertos hechos o discrepar acerca de su evaluación, sin que por ello se necesite agredir, descalificar u odiar al prójimo.

La tradición chilena de tolerancia democrática permite pensar que esta tarea no es imposible. Una profunda conversión personal tendrá, necesariamente, la fuerza amorosa como para traslucir esa actitud en términos sociales. En consecuencia, estamos en presencia de una tarea que parece como absolutamente posible. Se trataría, de alguna forma, tan sólo de rescatar elementos de los que constituyeron nuestras mejores tradiciones nacionales.

También es un elemento importante en esta tarea el aquilatar las responsabilidades individuales de las personas y no agredir al prójimo por cosas que hicieron o dijeron otros. Volver a personalizar la existencia social, rescatándola de esa tendencia marxista de pensar la vida colectiva en términos de clases y estamentos sociales con total olvido de que existen las personas individuales de carne y hueso.

Distinguir entre las ideas y las personas, repito, pasa a constituirse en un elemento central del proceso de reeducación de nuestra sociedad. Es la sola forma de romper con la expectativa de agresión y de reencontrar el cauce de la tolerancia y el respeto mutuo.

El ataque personal, la descalificación, la suposición sistemática de malas intenciones deben ser hábitos que desterremos, decididamente, de entre nosotros. Y esa tarea podemos ir desarrollando diariamente, en todos los ámbitos y actividades en que estemos comprometidos.

Ello no significa perder claridad y reciedumbre en la defensa de los propios puntos de vista. Se trata de hacerlo de una manera respetuosa del prójimo. De hacerlo con la Caridad de Cristo. Y así podremos volver, nuevamente, a ser discrepantes civilizados.

Si el otro percibe que lo amo, a pesar de nuestras diferencias, tenderá a percibir el mundo con una nueva perspectiva. Ya habremos dado el primer paso hacia la Paz.

Este nuevo estilo tiene, sin embargo, una exigencia básica: la autenticidad. La Paz no puede ser la tarea fría e impersonalizada de las relaciones públicas. Es una tarea que pasa por transmitir la sinceridad profunda de las personas y de los grupos.

Debemos, por esta razón, comenzar a crear una verdadera cultura de la gratuidad; de los gestos simples y sinceros que busquen tan sólo expresar un afecto gratuito, que no espera retribución o recompensa.

Todas las sociedades van construyendo ciertos rituales en los cuales expresar de alguna forma, uniforme y socialmente sancionados, los sentimientos interpersonales. Así existe el regalo para el niño que nace, el regalo del cumpleaños, los regalos de Navidad, los pésames, los regalos de matrimonio, etc. Todos ellos están socialmente regulados. Es un deber hacerlos si se quiere mantener la estima social. Pero por lo mismo que son un deber, no logran traslucir el sentimiento profundo del acto. Algunos lo harán por afecto sincero, otros por interés calculado y otros por simple obligación.

Se trata de ir más allá de eso. Encontrando el gesto y el momento apropiado para hacer sentir el afecto. La voluntad común de ser. El momento inesperado. La explicación inexplicable si no es en el sentimiento. La gratuidad que nada espera de vuelta.

Se trata de valorizar el gesto y no de reducirlo al valor del objeto. Es el afecto lo que debe primar en esta cultura de la gratuidad. Puede ser una flor, una carta inesperada, un llamado telefónico de amistad, solidaridad o comprensión de los problemas y aflicciones del otro. Puede ser sólo la afectuosidad de un saludo, o la percepción del detalle que implica preocupación por el otro.

Percibo en esta forma de cultura de la Paz una profunda raíz evangélica. Dios nos amó gratuitamente y nos amó primero. Amó tanto al mundo que nos dio a su Hijo Unico. Y Jesús nos amó tanto que nos amó hasta el extremo: dar la vida por

nosotros. Y nunca nos pidió nada. Todo fue de una abismante gratuidad.

La única petición que recibimos es que repitiéramos, infinitamente, en el tiempo y en el espacio, ese gesto de amor. Que nos amáramos unos a otros como El nos amó. Que el mundo nos reconociera sus discípulos por la forma en que nos amamos.

Sólo podemos retribuirle a Dios la gratuidad de su amor amando también, gratuitamente, a nuestros hermanos. No devolviendo nunca el mal por el mal, sino que derrotando el mal con el bien. Amando de preferencia a aquel del cual nada podemos esperar: a la samaritana, al publicano, al ciego, al tullido, al paralítico, a la adúltera.

Se nos pide que seamos alegres con los alegres y que lloremos con los que lloran. Y nada más gratuito que reír y llorar.

Es por estas razones que una conversión interior a la Paz debe expresarse en el nacimiento de un nuevo estilo de la gratuidad y de los gestos simples que trasluzcan respeto por el prójimo.

c) La Paz como Opción Social.

Pero la tarea de la Paz no puede tener sólo una dimensión personal y una dimensión interpersonal. Debe traducirse en una opción social que interprete y enmarque la convivencia colectiva.

La Paz debe encarnarse en las instituciones y en las estructuras sociales. Debe ser el clima al interior del cual se da la vida entera del cuerpo social.

En ese sentido, el primer desafío de la tarea pacificadora es percibir el derecho de todos los chilenos a formar parte de la nación. Romper con la tentación de excluirse unos a otros por razones socioeconómicas, políticas, ideológicas o raciales. Debemos reacostumbrarnos a pensar que todos tenemos derecho a una patria. Concretamente, a esta patria.

Una comunidad nacional no puede prescindir de ninguna de las partes que la componen. Como tampoco lo puede el

cuerpo. Todas ellas son necesarias y desarrollan una función que expresa la vida misma de la comunidad. Las amputaciones son destructivas de la vida.

No puede pensarse un país en que los empresarios prescindan del derecho de los obreros a vivir con dignidad. Tampoco puede ser que los obreros pretendan el desaparecimiento de una clase empresarial. Debemos encontrar una forma para que ellos convivan en Paz y entiendan que sus intereses no son radicalmente incompatibles; que hay un espacio de intereses comunes que nace del solo hecho de ser partes de este cuerpo que es la patria.

Lo mismo ocurre con los demás grupos de chilenos. Desde el momento que existen es que ellos representan alguna función que expresa las necesidades del cuerpo social.

Hay que romper la tentación de los golpes de péndulo. De aquellos que perciben la historia de los pueblos como una secuencia de golpes de fuerza y no como un proceso acumulativo que se nutre del esfuerzo de todos.

Eso debe llevarnos a aquilatar lo que cada grupo ha representado y representa para el desarrollo de nuestra sociedad. Romper con el maniqueísmo de los buenos y los malos. O con los egoísmos que valorizan lo propio y disminuyen lo ajeno.

La vida social debe adquirir ese componente de generosidad y de justicia que garantiza el pleno respeto de las personas y los grupos.

Y a partir de esa comprensión generosa del aporte de todos a la sociedad chilena es que debemos hacer de la Paz una fuerza decisiva. Debemos de convertirla en el centro del que-hacer social.

Los artesanos de la Paz debemos tener una fuerza moral, espiritual y social lo suficientemente grande como para contrarrestar las acciones, los estilos, los planteamientos de quienes atenten contra ella.

Mantener la Paz debe convertirse en un objetivo social en sí mismo. Al interior de una atmósfera de Paz podremos discurrir y defender intereses encontrados. Pero nada de positivo ni de legítimo encontraremos fuera de ella.

En ese sentido la Paz debe convertirse en un objetivo social altamente prioritario, por el cual habrá que luchar sin recu-

rrir, por cierto, al uso de métodos incompatibles con ella. Es en ese punto en que la no-violencia se entronca como el instrumento de la Paz.

En ese sentido la Paz no es sólo una tarea creadora y constructiva. Es, también, la obligación de salirle al paso a toda forma de violencia o a toda actitud o situación que la dificulte.

La Paz, si queremos convertirla en un objetivo social prioritario, tiene que ser el espíritu que anime un poderoso movimiento cuya voz sea escuchada y respetada. Estoy cierto que de todos los sectores de la comunidad nacional surgirá una respuesta de adhesión y simpatía a quienes enarboles dicha bandera.

Siguiendo el pensamiento del Papa Paulo VI, si la Paz es posible, LA PAZ ES UNA OBLIGACION. Tarea obligatoria para todos quienes perciban la importancia de convencernos de que Chile es nuestra patria común y que todos tenemos el derecho a vivir digna y seguramente en ella.

d) La Paz como Oración y Ayuno.

Ya dijimos que la tarea de la Paz implica la armonía con Dios. La reconciliación con El. Por esta razón para los creyentes resulta vital fortalecer esa relación mediante la oración asidua y profunda.

Si Cristo es nuestra Paz, y si a El se le llama el Príncipe de la Paz, nuestra confianza de creyentes debe basarse en ese don que nos es dado por el Poder de Dios. Nuestra tarea es trabajar por la Paz, pero en vano trabaja el constructor si el Poder de Dios no está con él.

La confianza en el éxito de la tarea de la Paz está radicada en el convencimiento de que al trabajar por ella estamos trabajando en la construcción del Reino. En ese sentido estamos sirviendo a Dios y El nunca es sordo a quienes le piden.

La oración por la Paz debe ser un elemento muy importante en la vida de los creyentes. Es la sola forma en que la debilidad de nuestras fuerzas humanas puede verse sostenida por el poder del Espíritu. Pero resulta también necesario reencontrar an-

tiguas fórmulas de la ascética cristiana y de la tradición judía: la oración acompañada del ayuno.

En toda la tradición judaica el pueblo ayunaba como forma de purificación, pero también como manera de darle más fuerza a la oración y concitar así el favor de Dios. Esa tradición fue retomada por la Iglesia primitiva y durante siglos el ayuno fue una forma de la oración.

Todo indica que debemos reencontrarnos con esa tradición. Tanto más cuanto la tarea de la Paz aparece como un desafío tan enorme ante las fuerzas de la violencia y del odio. A mayor dificultad de la empresa, mayor profundidad en la petición de la ayuda de Dios.

Esta experiencia del ayuno comienza ya a ser retomada por algunos círculos cristianos con sorprendentes resultados. Todo indica que es un camino abierto por el cual podemos transitar hacia nuevas formas de purificación interior que ayuden y sostengan una real conversión personal hacia la Paz.

Este proceso de relación con el Absoluto de Dios en forma cada vez más personal y más profunda, no se da sólo al interior de las iglesias cristianas. Toda una tradición oriental —de origen religioso o espiritualista— se expresa a lo largo del Occidente transmitiendo una sabiduría milenaria de reflexión, rigor y autocontrol personal.

En la tarea de la Paz hay abierto un amplio lugar para los no creyentes o para quienes perciben la presencia de un Ser Superior sin adherir a ningún credo en particular. Y para ellos, la tarea de la purificación, de la percepción de las propias limitaciones, de los límites de nuestra naturaleza encontrará otros cauces que pasen, también, por la afirmación del componente espiritual de nuestro ser humano. En vez de oración, será la meditación en todas sus formas; en vez del ayuno, será el ascetismo y el rigor en la vida diaria. Pero existirá una forma renovada de superar las limitaciones de cada uno en una forma de trascendencia que abra nuevos horizontes de crecimiento personal.

No parece apropiado en estas breves páginas desarrollar una teología de la oración y el ayuno. Por eso queremos dejar planteado el tema, de manera que cada cristiano, al interior de su

comunidad eclesial, profundice en torno a la vital importancia de la oración y el ayuno en la tarea de la Paz.

Baste tan sólo recordar a San Pablo cuando se pregunta acerca de quién puede estar en contra nuestra, cuando Cristo está con nosotros. "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada...? Pero en todo esto salimos vencedores gracias a Aquel que nos amó" (Rm. 9,35-37).

3. La Paz y sus Condiciones

Para cerrar nuestras reflexiones acerca de la Paz es necesario adentrarnos en aquellas condiciones que la hacen posible. Sin las cuales se convierte en una realidad muy frágil y precaria.

Sobre ello se ha escrito vastamente a lo largo de la historia del humanismo. Particularmente en la tradición cristiana del Occidente.

Si tan sólo seguimos los exordios del Papa Paulo VI en los últimos diez años encontraremos una muy rica perspectiva en relación al tema de la Paz.

Fue este "Peregrino de la Paz" quien ha acuñado las ideas-fuerzas de nuestro tiempo sobre el tema.

Así, en 1969, en su Mensaje anual para la Paz, el día 1º de enero, nos decía que la Paz se encuentra hoy intrínsecamente vinculada al reconocimiento ideal y a la instauración efectiva de los Derechos del Hombre. Por esta razón la Paz es un deber.

En 1970 nos afirmaba que era necesaria, inmediatamente, una educación ideológica nueva, la educación para la Paz. Y nos señalaba que la Paz comienza al interior de los corazones.

En 1972 nos llamaba a entender que la Paz comienza con la Justicia. En 1973 nos reiteraba con toda confianza de que la Paz es posible. En 1974 nos advertía: la Paz depende también de ti. En 1975 nos señalaba la reconciliación como el camino de la Paz.

En 1976 el Papa Paulo insistía en la relación de los medios a los fines. La Paz se afianza solamente con la Paz. La Paz no puede ser separada de los deberes de la Justicia, sino que alimentada por el sacrificio personal, por la clemencia, por la misericordia, por la caridad.

En 1977 nos lanzaba, talvez, su grito más desgarrador: Si quieres la Paz, defiende la vida. Y en 1978 sostenía rotundamente, desde el corazón del mundo católico —como vislumbrando los horrores que seguirían— su definición más tajante: **NO A LA VIOLENCIA, SI A LA PAZ.**

Nada de nuevo podemos agregar a esta hermosa, profunda y solitaria prédica por la Paz del Papa Paulo VI.

Sin embargo, se trata, al menos, de recapitular algunos de estos elementos más sustantivos, de manera de tener una visión completa de la tarea en que estamos empeñados.

a) La Justicia.

Ya Santo Tomás de Aquino, sostenía que la Paz es obra de la justicia. Es decir, de aquella reconciliación con los demás prójimos que implica el restituirles aquello que les debemos en razón de su dignidad, de su esfuerzo o, simplemente, en razón del mandato de amarlos como a nosotros mismos.

El conflicto resulta ser una realidad inherente a la naturaleza humana. Forma parte esencial de esa mezcla del mal y del bien que somos todas y cada una de las personas. Y ese conflicto suele tener como ingrediente muy importante la incapacidad que poseemos de contentarnos con lo que merecemos y con la dificultad de reconocerle a los demás aquello a que tienen derecho.

En consecuencia, el mundo vive plagado de injusticias. De distorsiones que nacen de nuestro egoísmo y de nuestra deficiencia en percibir a los demás con ojos de amor y comprensión.

Y al no ser capaces de rendir a cada cual aquello que legítimamente le pertenece, estamos creando en el otro el estímulo para la agresión, la protesta o el simple conflicto.

De esa manera estamos atentando contra la Paz.

Es por esa razón que la justicia es condición de la Paz y

cuanto mayor sea la injusticia que vivimos, más lejos estaremos de la Paz.

No cabe ninguna duda que mientras el hombre viva su dualidad de bien y de mal, la injusticia seguirá subsistiendo sobre la Tierra. Pero nada de fatalista existe en cuanto a las dimensiones y a la intensidad que ella tenga.

Podemos luchar contra la injusticia. Acotarla. Reducirla a sus límites más estrechos gracias a la capacidad que tengamos de despertar y movilizar el componente de bien que cada hombre lleva dentro de sí.

Injusticia podemos decir que habrá siempre. Pero ciertamente podemos tener la certeza de nuestra capacidad para reducirla, para hacerla menos flagrante y, por lo tanto, menos intolerable.

Podemos hacer posible formas de calidad de vida en que el énfasis no sea puesto en el tener, sino que en el ser. Y eso sólo nos abriría enormes espacios de concordia y de amistad. Podemos llegar a entender, también, que nuestro destino está orientado hacia el infinito y que nada perecible nos llevará a esa felicidad, ni a la plenitud, ni a la Paz.

Desde la vertiente oriental que representa Gandhi, hasta las corrientes cristianas más clásicas, el renunciamiento a los placeres y los honores de este mundo, forma parte del tributo que cada cual puede aportar al altar de la Paz. Y esa es la capacidad de ser justos; de tener y obtener aquello que nos pertenece sin amenazar los derechos de nadie.

En resumen, si la justicia es exigencia de la Paz, podemos concluir que la injusticia es el camino más directo hacia la violencia, el odio y el conflicto. Y cuanto mayor sea esta injusticia, más ardua será la tarea de la Paz.

Lucha por la justicia y encontrarás la Paz como recompensa. Ese debiera ser nuestro slogan de trabajo y nuestra aspiración de vida.

b) La Verdad.

La Paz exige de la verdad. En su doble acepción de percibir la esencia de las cosas y de los fenómenos —dirigido ontológi-

camente hacia un fin— como en aquella más sociológica de desentrañar los misterios del existir social y sus mecanismos.

En sentido contrario el Premio Nobel de Literatura, Alexander Solzhenitsyn, describía genialmente el fenómeno en su discurso a la Academia Sueca. La violencia —es decir la antítesis de la Paz— encuentra su solo sostén en la mentira y la mentira su solo refugio en la violencia.

La violencia necesita de las tinieblas para ocultar su feo rostro. De otro modo, ese componente bueno que cada ser tiene en su interior se rebelaría ante su intrínseca maldad. Como nos señala el Evangelio, aquel que hace el mal busca alejarse de la luz.

Por el argumento contrario, es la Paz aquella que necesita de la luz para mostrarse con su esplendor beneficioso, con su rostro alegre, con su risa contagiosa. Y, desgraciadamente, en el mundo contemporáneo, existe la tendencia a mostrarnos lo feo, lo sucio, lo violento, pero a encubrir lo pacífico, lo generoso y lo justo con un manto de silencio. Como si la bondad y la Paz fueran lo normal se pretende ilustrarnos sobre el mal, a pesar de que la realidad nos enseña todo lo contrario.

La Paz nos exige ser fieles a la Verdad.

Primero en el sentido ya señalado, de hacer la luz sobre las cosas, los acontecimientos y las personas. Se trata de derrotar aquellas tinieblas que sirven de guarida al mal, a la violencia, al egoísmo y a la injusticia.

Pero, además, se trata de ser capaces de mirar la realidad de frente. De asumir los hechos como son, con su mezcla de bien y mal para hacer crecer el bien y disminuir el mal.

La Paz no pasa por una dulzonería beatífica que todo le da lo mismo. Es una lucha permanente y sin fin. Por esta razón, no es un sentimiento bello en el cual podamos encontrar asilo frente a la cruel y dura realidad del mundo.

La Verdad nos impone el respeto por la realidad. Sin preguntarnos si nos gusta o no. Tampoco midiendo nuestros sentimientos o sensibilidades heridas. Tan sólo, haciéndonos presente el desafío objetivo al cual deberemos responder.

Y si no somos capaces de "estar en el mundo sin ser del mundo", estaremos destinados al fracaso. No podremos ser

nunca los artesanos de la Paz si no percibimos nuestras deficiencias y aquellas del material con el cual deberemos construir.

En ese sentido, la tarea de la Paz nos obliga a iluminar todos los rincones de la realidad. Husmear en todo lo sórdido, no con afán malsano, sino para ser capaces de responder al dolor del prójimo. No para permanecer estáticos después de satisfacer una curiosidad intelectual, sino para poner en marcha los mecanismos que resuelvan los problemas.

Si no conocemos la Verdad no seremos capaces de construir la Paz, porque habrá hombres que no habremos percibido en su dolor y en su esperanza.

c) La Libertad.

Los hombres suelen tener la tentación demoníaca de reemplazar al Creador. De tratar de corregir sus "ingenuidades", "sus descuidos", sus "imperfecciones". El campo donde con mayor fuerza se da ese fenómeno es en el de la Libertad.

Dios nos hizo libres. Nos dio la opción del bien y del mal; de la salvación y de la condenación eternas. Sin embargo, hay hombres que pretenden, en su infinita soberbia, ponernos a resguardo de todos esos riesgos y conducirnos, de la nariz, hacia la felicidad terrenal.

Ni la lógica, ni la naturaleza pueden doblegarse ante semejante pretensión. Si Dios nos hizo libres, ningún hombre nos podrá encadenar sin violentar, muy profundamente, nuestra naturaleza, nuestra dignidad y, en último término, sin destruir la Paz después de haber destruido la Justicia y la Verdad.

En consecuencia, la Libertad es una condición de la Paz. Cada vez que ella ha pretendido ser ignorada ha despertado la resistencia de las personas y ha desembocado en un conflicto.

Si Dios nos hizo libres —y por lo tanto capaces de error— pudiendo, como Creador Omnipotente, habernos planificado, determinado o impuesto su voluntad, ningún hombre tiene derecho a desconocer ese patrimonio que Dios nos dio.

Cuando se cercena la Libertad, el hombre es violado en el templo más sagrado de su dignidad espiritual; aquella que ni el Creador quiso violar en su infinita sabiduría.

En consecuencia, luchar por la Libertad es trabajar por la reconciliación del hombre con su prójimo y con Dios. Es ponerse en la línea de la construcción del Reino del Amor. Es aceptar la Verdad de la Creación como una realidad que la creatura no puede destruir sin perecer, vanamente, en el intento.

Por lo demás la historia nos señala realidades que nos evitan argumentaciones. Dondequiera que el hombre esté sometido a opresión existirá una lucha por la Libertad. No siempre será ella mayoritaria, pero siempre quienes la asumen estarán en la vanguardia de su comunidad y de su tiempo. Serán los más humanos de todos porque serán aquellos que se inscriben en la voluntad del Plan de Dios.

Desde que se conoce la historia del mundo, la realidad ha sido ésa.

d) El Perdón.

De todas las exigencias de la Paz, el perdón es la más difícil. La tarea de amar a quienes son o se sienten nuestros enemigos es la suprema dimensión del espíritu humano. Es mirar el mundo y sus problemas con la mirada trascendente del Amor.

El perdón se inserta en el meollo central de la Paz y de la no-violencia.

Es Jesús quien deroga la ley del Talión y nos introduce en la ley del amor sin límites. "Amad a vuestro enemigo, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan... Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! Si hacéis bien a los que os hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis...? ¡Más bien amad a vuestros enemigos! Haced el bien y prestad sin esperar nada en cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y con los perversos" (Luc. 6,27-35).

Y es san Pablo quien, retomando el mandato del Maestro, nos repite: "Benedicid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran, tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no

os complazcais en vuestra propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence el mal con el bien" (Rm. 12,14-21).

Y para citar a alguien de nuestro tiempo, recurriremos al Mahatma Gandhi: "La no-violencia no consiste en amar a los que nos aman. La no-violencia comienza a partir del instante en que amamos a los que nos odian... Lo más difícil de todo es amar a los enemigos. Pero si queremos realmente llegar a ello, la gracia de Dios vendrá a ayudarnos a superar los obstáculos más temibles". Y agregaba: "Siempre que choca uno con la oposición, hay que intentar vencer al adversario con el amor. Toda mi vida he recurrido a este medio elemental para solucionar numerosos problemas. Esto no significa que haya solucionado todas mis dificultades. Lo único que he conseguido es descubrir sencillamente que la ley del amor es más eficaz que la voz de la violencia".

Fue también Gandhi quien sostuvo que "se puede asegurar que un conflicto se ha solucionado según los principios de la no-violencia, si no deja ningún rencor entre los enemigos y los convierte en amigos".

La Paz nos exige el amor a los enemigos y ello pasa por el perdón. La no violencia nos exige —por esa misma ley del amor— que busquemos el bien y no el mal de nuestros enemigos; que tratemos de ayudarlos en vez de destruirlos.

Ello no significa darle el gusto al enemigo en aquello que quiere o que hace. No se trata de un inmovilismo frente al mal. Se trata de percibir el bien del enemigo desde un punto de vista espiritual y comprender que la violencia, la injusticia y la opresión que practica no sólo es un mal en sí, sino que es, también, un mal para quien recurre a ella.

No sólo se envilece la víctima de la violencia. En primer lugar, se envilece quien aplica la violencia. Querer el bien del enemigo en este caso es impedirle que siga violentando al prójimo, convencerlo de la perversión de sus criterios hasta

que se arrepienta y se reconcilie consigo mismo, con el prójimo y con Dios.

No sólo se degrada la víctima de la injusticia; ello le ocurre sobre todo a aquel que la comete. Por lo tanto, el amor al enemigo consiste en convencerlo de que renuncie a esa injusticia, no sólo en beneficio del prójimo, sino que en beneficio propio.

No sólo se deshumaniza quien pierde su libertad por la opresión de otros, sino que ello ocurre, en primer lugar, con el opresor. Se trata de llevarlo al arrepentimiento de sus obras de manera que comprenda la importancia de restituirle su libertad a los oprimidos.

Ese es el amor al enemigo. Hacerlo percibir cuán dañino para él y para su comunidad es toda acción que se salga del cauce de lo ascendentemente humano. Se trata de compadecerlo en su pobreza espiritual, aun cuando pueda pensar que está encontrando su propio bien.

En la lucha de Jesús, de los Apóstoles y los Santos, jamás hay odio, ni deseo de destrucción, ni de venganza. Tan sólo el querer que los demás reconozcan su error y se conviertan; para ello siempre se recurre al amor.

En las cartas de Gandhi al virrey de la India está, también, reflejado ese espíritu. No se trata de odiar al inglés, de destruir sus bienes y eliminar sus personas. Se trata de aplicar una fuerza moral tan profunda en defensa del bien, que ellos mismos perciban hasta dónde se dañan al mantener la injusticia y la opresión.

Lo mismo ocurre con Martin Luther King, en relación a los blancos. Predicó hasta el cansancio que su lucha no era una revancha racial en contra de ellos. Por el contrario, había que amarlos hasta el límite que entendieran que la segregación era un mal para ellos y para la sociedad norteamericana. No se trataba de devolver el mal con el mal, sino de derrotar el mal con el bien.

En resumen, se trata del perdón, para hacer imposibles el odio, el rencor y la venganza. Se trata de luchar por el bien, pero respetando las personas de aquellos que hacen el mal.

El perdón es la capacidad de vencer el mal con el bien al interior de nuestros corazones. Por eso es una exigencia muy

profunda de la tarea de la Paz. Es un desafío que tiene su raíz en la lógica misma del amor.

* * *

En resumen, la tarea de la Paz pasa no sólo por una conversión personal, sino también por una profunda conversión social. Es el fruto final del reencuentro con aquellas armonías que componen la trama de la existencia del hombre en el mundo.

Vivir la tarea de la Paz es vivir, de alguna forma, misteriosa y profunda, la tarea de la construcción del Reino de Dios. No en vano Jesús Resucitado siempre saluda a sus discípulos con "La Paz sea con vosotros". Y no en vano se nos promete que aquellos que trabajen por la Paz serán llamados "Hijos de Dios".

Hay en la tarea de la Paz una dimensión integral que nos implica en todas las dimensiones de nuestra existencia: la personal, la social y la divina. Por ello, talvez ella constituya el más humanizador de los llamados que puedan hacerse a nuestro prójimo de hoy.

Llamar a la Paz es llamar a ser humanos. A vivir la vida con plenitud de bondad y de amor. A compartir nuestra existencia en la perspectiva de una vida que no tiene fin. A salirnos de nosotros mismos para hacernos parte de la inmensa tarea de abrir senderos para que germinen las semillas del Reino que advenirá cuando se manifieste el Poder y la Gloria del Señor Jesús... y que perdurará para siempre.

Pasemos, entonces, a otro nivel de nuestra reflexión. Del fin orientémonos hacia el medio de la Paz. Hacia la no-violencia.

II. LA NO-VIOLENCIA COMO METODO

www.archivopatricioaylwin.cl

Fue Gandhi quien dijo que "los medios son como la semilla y el fin como el árbol. Entre el fin y los medios hay una relación tan ineludible como entre el árbol y la semilla". Es exactamente ésa la relación que existe entre la Paz como fin y la no-violencia como medio.

Parece ser evidente que los instrumentos que necesitamos para reconquistar la Paz entre nosotros deben ser estrictamente proporcionados a la dimensión ética de la tarea que nos proponemos. Los métodos empleados deben fundarse en el amor y ser enteramente compatibles con la justicia, la verdad y la libertad.

Es en esa perspectiva que llamamos a practicar la no-violencia en gran escala. Y por eso resulta imprescindible partir definiendo el exacto papel que le asignamos a la no-violencia. Entendiendo que se trata de un método y no de un fin en sí mismo, se despeja inmediatamente la tentación del pacifismo, como tolerancia fofa y sin energía.

Como lo predicán todos los grandes no-violentos de la humanidad, no se trata de abandonar la lucha por la justicia, la verdad y la libertad. Por el contrario, se trata de intensificarla, pero recurriendo a medios profundamente humanizantes. "La no-violencia no consiste en abstenerse de todo combate real contra la maldad, decía Gandhi. Por el contrario, agregaba, veo en la no violencia una forma de lucha más enérgica y más

auténtica que la simple ley del Talión, que acaba multiplicando por dos la maldad”.

Conquistar la dignidad del hombre no puede ser un fin al cual se llega después de haber corrompido y emporcado todo el camino de acceso. Por el contrario, se debe ir humanizando paso a paso, en un proceso acumulativo de crecimiento. Nunca se cosechará la justicia si se transita por la injusticia; la verdad si se recurre a la mentira; la libertad si se comienza por la opresión.

Hecha esa definición previa, resulta necesario interrogarse acerca de la eficacia del método empleado. Recurrir a la bondad, al amor, a la generosidad parece ser, en nuestra cultura contemporánea, al menos un inquietante signo de ingenuidad. Lo animal, lo violento, lo brutal pareciera tener más crédito entre nosotros.

Sin embargo, la historia de la humanidad parece probar lo contrario. Tan sólo desde una determinada forma de mirar la realidad se podría abonar la tesis marxista de que la violencia es la partera de la historia. Pero hay otro lado de la medalla que no podemos olvidar y que configura aquello más propiamente digno y creador del desarrollo humano.

1. La Eficacia de la No-Violencia

El mundo es un campo de batalla entre el bien y el mal. El tejido de la historia personal y colectiva del hombre está hecho de trigo y de cizaña. Sin embargo, el hombre sólo progresa cuando se inserta en la línea del bien y hace retroceder el mal.

Ese es el único progreso real y por eso se presenta como una sinuosa línea de avances y retrocesos al final de los cuales siempre se va ganando algo de terreno. Hasta la venida del Mesías a construir, para siempre, su Reino de Amor y de Paz.

En este proceso de “hominización”, al decir de Teilhard de Chardin, el hombre va creciendo. Va desarrollando sus potencialidades espirituales, morales, intelectuales y físicas. Va siendo más plenamente hombre.

Es en esa perspectiva que tiene sentido interrogarse acerca de la eficacia de lo espiritual y de lo humano. Se trata de salir del terreno del poder físico, del tener, para entrar al campo de la grandeza espiritual, del ser. Y esa es otra forma, enteramente diferente, de leer la realidad.

Es el sentido mismo del éxito y del fracaso lo que cambia.

Lo exitoso es entonces lo que construye en el largo plazo, lo que desarrolla al hombre individual y colectivamente. El fracaso está en destruir; en detener el avance de lo humano para abrir paso a lo instintivo, a lo animal.

A la luz de la dignidad espiritual del hombre hay éxitos aparentes que no son más que victorias a lo Pirro. Podrán estar revestidos de todos los oropeles del poder, de la riqueza, de la fuerza, pero en definitiva están contruidos sobre arena. Inevitablemente terminarán por desplomarse.

Si buscamos construir las armonías que se expresan en la Paz resulta inevitable mirar el mundo desde esa lógica. En consecuencia, los criterios de la eficacia no serán nunca los mismos para un no-violento que para un violento. Hay una incompatibilidad radical en torno a los fines y en torno a los medios.

a) Los éxitos del amor.

No hay, talvez, prueba más concluyente y abrumadora del éxito del amor que aquella representada por la Historia del Pueblo de Dios. Historia de los medios pobres, de la simplicidad, de la fidelidad, de la confianza en el Espíritu del Bien.

Detengámonos en los medios pobres. Aquellos que concitan todas las sospechas de los "realistas", de los "aterizados", pero que se insertan en lo más propiamente humano del hombre.

El Pueblo de Dios ha coexistido en el tiempo con civilizaciones muy diferentes. Todas ellas símbolos del pináculo del poderío, del conocimiento, de la riqueza de cada época. Los caldeos, los babilonios, los egipcios, los griegos, los romanos, los señores feudales, el imperio otomano, las monarquías absolutas, las sociedades industriales. Todas ellas, civilizaciones contruidas sobre la sola fuerza del hombre y, también, todas confiadas más en el poder de la materia que en el del Espíritu, por muy racionalistas que hayan llegado a ser.

Sin embargo, una a una todas fueron desapareciendo. Se fueron destruyendo desde adentro, por sus propias debilidades. Se fueron agotando con el mismo desgaste de su soporte material. La historia pasó por encima de ellas y las convirtió en polvo, a veces sin rastro.

El Pueblo de Dios, sin embargo, sigue su marcha. Se renueva con el correr de los tiempos. Remoja su cara y siempre responde a las interrogantes más esenciales del hombre. Está permanentemente renaciendo.

Y este pueblo está contruido sobre la confianza en el Espíritu del Amor. Sus instrumentos pueden ser pastores nómades como Abraham, profetas como Moisés, pescadores de Galilea como los discípulos de Jesús, místicos como san Benito, santa Teresa y san Juan de la Cruz, intelectuales como san Agustín y santo Tomás, o simples pobrecillos como san Francisco. Todos personajes menudos a la luz de los criterios de la eficacia material. Todos personajes abiertamente sospechosos de "ingenuidad" o de ser absolutamente inadecuados para las dimensiones de las tareas que emprendieron. Y, sin embargo, el éxito está a la vista: sólo su obra se sostiene y se prolonga a lo largo de los siglos.

Cayeron los imperios y quedó en pie la pobreza de espíritu. A pesar de que muchas veces se pudo llegar a temer que en la desproporción de las fuerzas éstos fueran arrollados, se mantuvieron vivos y renacientes.

Como puede apreciarse, el tema de la eficacia depende mucho de los plazos que nos pongamos para analizarla. Bien pueden darse ciertas apariencias en un momento que, con el paso del tiempo, se demuestran enteramente inexactas.

Pero no solamente en la historia se demuestra la eficacia del Amor. Se demuestra, también, en la vida de cada día. En la permanente tendencia de los seres humanos a buscar lo bello, lo bueno, lo justo. Esa fuerza transformadora que se expresa en el arte, en la literatura, en la administración de justicia, en la amistad, en la solidaridad, en el afecto, en la obediencia, en la vida religiosa y en todas aquellas actividades o gestos en los cuales la conciencia humana percibe la presencia del bien.

El poder transformador de esos valores no resulta fácilmente medible estadísticamente. Pero está presente en todos los grupos humanos, en todos los rincones de la Tierra. Es una fuerza permanentemente en acción, aun cuando ella no se convierta en noticia de dominio público.

Y es por esa eficacia silenciosa y discreta del amor que la humanidad progresa, que los hombres son más hombres hoy que ayer. Y ello suele pasar desapercibido ante el estruendo de la violencia, el despliegue de la vanidad y el egoísmo o el abominable rostro del odio.

Sin embargo, podemos tener la certeza de que el Espíritu del Amor actúa. Lo podemos testificar a partir de nuestras propias vidas y experiencias. Es alrededor nuestro donde los gestos de amor y de bondad se van convirtiendo en progreso humano: en el hogar, en el trabajo, en la universidad, en la iglesia, etc. Y sólo porque eso es así es que la vida vale la pena vivirse.

Es cierto que, a veces, la presencia del Mal y sus símbolos resulta apabullante. La esperanza parece ceder ante la evidencia del poder material en acción. Sin embargo, ésta nunca cede del todo y jamás la inminente victoria se concreta hasta acabar con todo resquicio de bondad.

En consecuencia, la historia y la vida diaria testifican de la eficacia del amor. De su presencia iluminadora y fertilizante. De su inagotable vitalidad y de su permanente capacidad transformadora.

Los medios pobres y las fuerzas espirituales tienen un largo historial de éxitos atestiguados en forma irrefutable.

b) El fracaso de la violencia.

La otra cara de la medalla la constituyen los fracasos de la violencia. La derrota de los Atilas del mundo y la desaparición de sus obras. La muerte inevitable de todas las creaturas fruto de la violencia, el crimen, el egoísmo, la corrupción.

Por una rara deformación óptica el mundo suele percibir el éxito inicial que se obtiene con la violencia. Pero nadie contabiliza sus fracasos posteriores. La esterilidad de sus semillas.

La violencia tiene una aureola que horroriza hasta la parálisis a las personas y las sociedades. Y, como la memoria es selectiva, luego tratan de olvidarla sin detenerse demasiado a analizar qué fue lo que ocurrió y de qué manera las fuerzas del Bien terminaron por hacerse presentes nuevamente.

La historia está plagada de las ruinas en que quedaron convertidos los éxitos iniciales de la violencia. La esclavitud, la discriminación racial, el crimen de Estado, la ley del Talión, la explotación socioeconómica van cediendo paso ante el avance de la conciencia moral de la humanidad. La vigencia de los Derechos Humanos adquiere una carta de ciudadanía cada vez más extensa e influyente.

No hay que minimizar la importancia de este fenómeno del crecimiento de la conciencia moral de la humanidad; de su percepción crecientemente sensible y lúcida de las diferencias entre el bien y el mal. Ello es fruto evidente de ese proceso de "humanización" de que hablábamos.

El proceso de desarrollo de la humanidad se expresa, principalmente, en el plano de la conciencia. El progreso se da en la medida en que lo más propiamente distintivo de la naturaleza humana se va expresando. En los tiempos prehistóricos el hombre valía primordialmente por su fuerza física, por su componente más animal. Hoy día —y más aceleradamente mientras más nos adentramos en la civilización tecnocrática— el valor sustancial del hombre está en su inteligencia, en su creatividad, en su sensibilidad; en su componente más espiritual.

En consecuencia, la humanidad a medida que desarrolla más y más su componente espiritual sensibiliza más y más su conciencia moral. El mal se le hace más intolerable. Y la violencia se le hace el más intolerable de todos los males; aquel en que el poder de la materia aniquila la expresión del espíritu y de la razón.

La injusticia, la opresión, la violencia deben encontrar nuevas máscaras, cada vez más sofisticadas para impedir que sean percibidas con su verdadero rostro. Pero cuando las máscaras no logran ocultar más la realidad, entonces el rechazo se hace más tajante. El fracaso de la violencia se hace más profundo y más duradero.

Bastaría recordar lo ocurrido con los "milenarios" imperios del nazismo y del fascismo o con los grandes imperios coloniales, para evitarnos demasiadas explicaciones.

Sostener que la violencia es un instrumento eficaz es algo que no resiste demasiado análisis empírico. Y, ciertamente, ninguno, si lo analizamos desde el punto de vista de la Paz.

Podemos constatar la evidencia de la violencia, pero no su eficacia. Y si llegáramos a hacer un estudio comparado de aquellos conflictos que se resolvieron recurriendo a métodos violentos y no violentos, es muy posible que los últimos demuestren una eficacia muy superior.

Las guerras, las revoluciones, la represión, el terrorismo, la violencia social y psicológica, analizadas a la luz de sus logros

y sus costos, suelen dejar un saldo amargamente negativo. Y si ello no se percibe con claridad, es porque cuando resultan triunfantes, sus costos tienden a ser oscurecidos por la mentira en la cual deben sostenerse.

Los costos de la violencia son difíciles de evaluar, porque no se reducen solamente a número de vidas, cuantía de destrucción material, sino que, particularmente, a las desarticulaciones del cuerpo social, a los traumas interiores —tanto individuales como colectivos— a las tensiones históricas que desatan.

En ese sentido la violencia no sólo es deshumanizadora, al recurrir a lo más primitivo y animal del hombre, si no que dista mucho de obtener los objetivos que pregonan sus sostenedores.

Confiar en la violencia como medio es confiar en lo irracional por sobre lo racional; en lo material por sobre lo espiritual; en lo inhumano en vez de lo humano. Es por esa razón que los frutos de la violencia suelen ser tan pasajeros; porque no tienen punto de sustentación real en las dimensiones más nobles del ser humano.

Trátase de la guerra como forma de zanjar conflictos entre las naciones; trátase de las revoluciones, el terrorismo o el terrorismo de Estado para zanjar conflictos políticos; trátase de la agresión o la violencia psicológica o física para dirimir los conflictos sociales, la experiencia objetiva de la humanidad muestra que la violencia acerca al fracaso y no al éxito, aun cuando sus efectos pasajeros pudieran aparentar lo contrario.

c) Algunas experiencias contemporáneas.

No tiene sentido en los límites de este trabajo hacer una reseña de las experiencias no violentas que el mundo ha conocido en el curso del siglo XX. Ellas son sabidas y existe al respecto una larga bibliografía.

Sin embargo, parece ser útil hacer algunas reflexiones sobre cada una de ellas.

Fue la no-violencia de Gandhi la que al alcanzar la libertad para la India puso en marcha el proceso de descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial. Y no deja de ser sintomático que, a la inversa de las independencias coloniales del siglo XIX, la inmensa mayoría de las del siglo XX se ob-

tuvieron sin necesidad de recurrir a las armas. Y si bien el mundo tiene más en sus retinas a Argelia, el Vietnam y Angola, no es menos cierto que son casi cien las naciones que han obtenido su independencia nacional por medios enteramente pacíficos.

Fue la no-violencia de Martin Luther King la que permitió la integración pacífica de los hombres de color a la sociedad norteamericana. Pero de esa cultura de la no-violencia fue posible que surgiera un poderoso movimiento contra la guerra de Vietnam que obligó al retiro a los EE. UU. de ella y a poner fin al conflicto. La nación militarmente más poderosa de la Tierra no pudo resistir la protesta pacífica de su propia sociedad.

La toma de conciencia de la dignidad de la persona humana, a partir de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas, es otro triunfo sorprendente del espíritu solidario y humanizante de la Paz y la no violencia. Miles de seres humanos han sido defendidos, gratuita y pacíficamente, por la opinión pública internacional cuando se han visto amenazados o conculcados en sus derechos inalienables.

Sin disparar un tiro, sin más armas que la convicción moral en todos los continentes, los gobiernos han debido ceder más de una vez frente a las exigencias de la opinión pública internacional.

Por último, está el fenómeno de la disidencia en los países totalitarios de signo comunista. En todos ellos se manifiestan acciones de reivindicación y protesta de tipo absolutamente no-violento.

Famosa es la reacción no-violenta del pueblo checoslovaco ante la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia, en 1968. Los soldados invasores, lejos de ser agredidos, fueron rodeados por grupos del pueblo que abrían debate con ellos haciéndoles presentes la injusticia y el abuso que se cometían. Como resultado de ello, las tropas soviéticas, que eran la mayoría, debieron ceder a ser rotadas cada quince días de permanencia en Checoslovaquia. Así de penetrante resultaba el efecto que, en su moral y en sus comportamientos, producía la prédica no-violenta.

Pero más famosa aún es la actitud de los disidentes rusos cada vez que son arrastrados a los tribunales para defender sus

derechos o los de otros perseguidos. Siempre la capacidad vital de recurrir a la razón, a la moral, al derecho. Jamás un recurso a la violencia, al odio, a la fuerza. Y con ello, han ido abriendo paso a una conciencia crecientemente lúcida en el Occidente, acerca del totalitarismo en el Estado soviético.

Sus simples gestos humanos han sido capaces de poner en jaque el inmenso poder propagandístico y político de una superpotencia que dispone de gigantescas maquinarias humanas y financieras.

Es en nuestros propios días en que se demuestra, con inapercibida frecuencia, el valor y la eficacia de la no violencia como método. Tan solo basta tener el espíritu y la inteligencia abierta para percibirlo. Frente al poder destructor del crimen terrorista, la huella de los no-violentos no aparece en las primeras páginas de los diarios, pero nadie puede ignorar que su obra se da en términos más profundos y en perspectivas más duraderas.

2. La Fuerza de la No-Violencia

Hemos visto las dimensiones de eficacia que la no violencia ha demostrado en el mundo. Sin embargo, debemos profundizar nuestro análisis hasta aquellas raíces sobre las cuales surge la fuerza de este método.

Así como la Paz tiene ciertos prerequisites, la no-violencia tiene los suyos. Debe insertarse en un contexto que sea compatible con sus supuestos espirituales y morales. Ellos serán los que analizaremos a continuación.

a) No desconfiar del poder de las fuerzas espirituales.

Gandhi nos decía que "en cuanto animal, el hombre es violento; pero en cuanto espíritu es no-violento. Apenas empieza a despertarse a las exigencias de ese espíritu que mora en él, le es imposible seguir siendo violento".

Se trata de esa tarea: la de despertar en cada hombre su dimensión espiritual hasta llevarla a las máximas potencialidades. Y, de hacerlo, sin dudar un minuto de que esa obra es la más importante de todas aquellas que puedan emprenderse.

Cuando se flaquea en la confianza acerca de la fuerza espiritual del ser humano, de inmediato se comienza a flaquear en cuanto a la eficacia de la no-violencia.

Es cuando nos convencemos de que el dinero, el fusil, la mentira, el egoísmo y el odio son, realmente, las fuerzas que

conducen la evolución de la humanidad que, inevitablemente, comenzaremos a flaquear en cuanto a la eficacia del Amor, de la Paz y de su instrumento no-violento.

No es tarea fácil eludir esa tentación. Está demasiado dentro de nosotros mismos como para que la descartemos olímpicamente. O, tan siquiera, como para que menospreciemos a aquellos que caen en sus redes.

Todo nuestro componente de cizaña nos empuja hacia esas formas de idolatría. Nos presenta como deslumbrantes aquellas apariencias que nacen de lo menos fecundo y menos noble de la naturaleza humana.

No debemos olvidar la profundidad de la advertencia evangélica sobre estas materias. Recordemos al pueblo de Israel, adorando al becerro de oro, nada menos que mientras Moisés recibía las Tablas de la Ley. Recordemos al Señor Jesús, tentado en el desierto por Satanás, por la vía de hacerle palpables las apetencias del poder, de la vanidad y de la idolatría. Recordemos que es al interior mismo del cuerpo Eclesial que siempre ha existido la tentación de los "medios ricos" frente a los medios pobres.

En consecuencia, para la no-violencia resulta ser un cimiento indispensable esa confianza en las fuerzas espirituales y su poder. Percibir la diferencia esencial entre aquello que se ordena al Reino y su eternidad y aquello que, por ser polvo, está condenado a convertirse, nuevamente, en polvo.

Y cuando esa convicción está lograda, la fuerza de la no-violencia y del Amor es absolutamente indestructible. Es san Pablo quien nos lo dice: "Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día. En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las cosas visibles son pasajeras, más las invisibles son eternas" (II Cor. 4,16-18).

Ya vimos que estamos más bien condicionados para rendirnos ante las apariencias de la fuerza, el poder y la riqueza. Pero también vimos que en la historia sólo las fuerzas espirituales son aquellas que acumulan y van construyendo el progreso humano.

La prueba de esta fe y de sus resultados nos las dan los profetas del Antiguo Testamento, los Apóstoles de Jesús, los mártires enfrentados a "quienes pueden destruir el cuerpo pero no el alma", los santos, los héroes y todos aquellos que, hora a hora y día a día, van entregándose a las exigencias del Espíritu para hacer avanzar el bien en el mundo. Nadie nunca supo de la gloria ni del progreso de aquellos que confiaron en su fuerza para destruir; pero la historia está plagada de los ejemplos de todos aquellos que prefirieron que la semilla muriera para que pudiera dar fruto.

La no-violencia pasa a ser esa fe y esa confianza en el poder de las fuerzas espirituales.

b) Llegar a ser víctima pero no victimario.

Otra vez quisiéramos comenzar con la simple y brillante lógica de Mahatma Gandhi: "Vivir libre es estar dispuesto a morir, si es preciso, a manos del prójimo, pero nunca a darle la muerte. Sea cual fuere el motivo, todo homicidio y todo atentado contra la persona es un crimen contra la humanidad... El no-violento tiene que prepararse a los sacrificios más exigentes para superar el miedo. No se pregunta si va a perder su casa, su fortuna o su vida. Hasta que no supere toda aprensión, no podrá practicar la ahimsa* en toda su perfección. El único temor que conserva es el de Dios".

Los chilenos, por nuestra parte, tenemos algo así como un anuncio profético en ese sentido, desde el primer momento de nuestra existencia como nación. Fue don Pedro de Valdivia quien escogió como lema de su escudo de armas el siguiente: "La muerte menos temida, da más vida".

Pero el ejemplo más absoluto y concluyente de todos es aquel que nos dio Jesucristo, el Hijo de Dios. Es El, quien, disponiendo del poder del Todopoderoso, del tiempo del Eterno, de la creación del Creador y de la justicia del Justo, elige la cruz como camino de Redención del género humano.

Muchas veces a los cristianos se nos pierde el sentido profundo de Dios. Su dimensión Infinita ante nuestra finitud. Su

* La ahimsa es la suma de los principios que inspiran la no-violencia.

Grandeza frente a nuestra pequeñez. Nos ocurre lo que la familiaridad suele producir entre seres humanos de diversas dignidades y talentos; hay un momento en que la confianza o el afecto pueden hacer perder el sentido de las proporciones y las distancias. Con la sola diferencia de que, en este caso, estamos en presencia de distancias que no tienen punto de encuentro o superación que no sea aquel del don gratuito del Amor de Dios.

Mantenidas las proporciones, ¿quién de nosotros, disponiendo del poder de Jesús, hubiera resistido la tentación de darse justicia con su propia mano? ¿O de hacerle sentir a la soberbia del romano y del judío poderoso su insignificancia y su transitoriedad? ¿O remecer, tan sólo, los cimientos del Universo, para poner las cosas en su justo lugar?

Pero Jesús no lo hizo. Lo tenía todo en sus manos, pero prefirió la tortura, la humillación, el dolor y la muerte con tal de cumplir con su tarea redentora. No tuvo un solo atisbo de vanidad y en ningún momento perdió el sentido de su Dignidad inefable de Hijo de Dios. Su último testimonio fue el perdón del ladrón arrepentido.

¿Y habrá algún burgués materialista que desconozca la trascendencia que tuvo la muerte en cruz de ese joven palestino, de 33 años de edad, hijo de un carpintero, sin oficio conocido, rodeado de pescadores y pecadores, y que hasta el último momento perdonó a sus enemigos que lo crucificaban? Huelgan las respuestas.

En consecuencia, la voluntad de sufrir debe primar por sobre la de hacer sufrir. Ese debiera ser nuestro signo distintivo.

Podríamos sintetizarlo en una sola frase: es radicalmente diferente el morir por una causa que el matar por una causa. Esa es la lógica distintiva de la no-violencia.

El no-violento está tan absolutamente convencido de la primacía del espíritu por sobre la materia, que estará siempre dispuesto a sufrir y a morir en aras del bien que no se pierde, porque es eterno. En cambio, como contrapartida, tendrá siempre la sensación, a flor de piel, de la inutilidad y la intrascendencia de tratar de alcanzar el triunfo mediante el sufrimiento y la degradación del prójimo.

Optando por la lógica del espíritu, el no-violento siempre

tendrá en claro la cronología del éxito y del fracaso. Y así sabrá que la violencia está, definitivamente, condenada a fracasar, y que el abono de su fracaso serán las propias energías espirituales desprendidas del sufrimiento de las víctimas.

Esto implica una gran dosis de coraje. La no-violencia es un campo vedado a los cobardes que siempre preferirán el disparo desde la oscuridad, la cámara secreta de tortura, el crimen silenciado por el poder, el golpe cuya mano nunca aparece. Es Gandhi quien nuevamente nos dice que "es imposible ser a la vez cobarde y no-violento. La ahimsa es sinónimo de valentía ejemplar". Y agrega que "sólo a costa de sacrificio se podrán conseguir ciertas victorias. El sufrimiento es la ley de los hombres. La guerra es la ley de la jungla. Pero el sufrimiento es infinitamente más poderoso que la ley de la jungla para convertir al adversario y abrir sus oídos, que, de lo contrario, seguirán mostrándose sordos a la voz de la razón. El blasón del hombre es el sufrimiento, no la espada".

No se necesita recurrir a una demostración demasiado exhaustiva de la verdad de esa afirmación. Nuestros prójimos siempre calcularán dentro del orden de las cosas el recurso a la crueldad y a la violencia; pero, ciertamente, quedarán inquietos ante el sorprendente mundo interior de quienes prefieren ser víctimas y no victimarios; de quienes prefieren sufrir por amor que hacer sufrir por odio.

Es por eso que el odio se desarma frente a la no-violencia que ama. Es por eso que el componente de bondad de los seres humanos se sensibiliza frente a la causa de quienes demuestran tal desprendimiento y grandeza.

Puede decirse que la tendencia a la violencia, la crueldad y el crimen, nace del mal interior de nuestra naturaleza. Está ahí y no necesita inspiraciones ni ejemplos. Los grandes genios del mal, en nuestro siglo, no necesitan tener estatuas, ni publicar tratados, ni dejar testamentos; Beria, Himmler y sus sucesores no necesitan escuela porque sus imitadores la llevan dentro del alma. Cada uno de sus sucesores —en el tiempo y en el espacio— se siente un innovador que descubre, por primera vez, el camino definitivo a la "solución total".

En cambio, la tarea del bien, como es acumulativa, va enriqueciéndose en forma progresiva. Necesita de santos y de hé-

roes que muestren su eficacia por medio del testimonio. Y quienes pasan el umbral de la oblación por una causa, van nutriendo a otros millones de personas que se convierten en sus frutos, que son herederos de su semilla espiritual.

Es lo que ocurre con san Francisco, con el Mahatma Gandhi, con Martin Luther King, con Jan Palanski con Alexander Solzhenitsyn y con tantos otros, vivos o muertos. Es el testimonio de los miles de testigos de la Paz que prefieren sufrir que hacer sufrir, aun cuando ellos nunca hayan encontrado una línea de espacio en las agencias noticiosas internacionales.

c) La causa justa y su poder de movilización.

Llegar al límite de la confianza en el espíritu humano y en el poder de Dios como para tener voluntad de oblación y auto-sufrimiento tiene, sin embargo, una exigencia adicional: la causa por la cual se lucha debe ser transparentemente justa.

Resulta un contrasentido y una falta de respeto por la dignidad de las personas pensar que resultaría posible movilizar las más puras y profundas energías del alma humana tras causas subalternas o turbias. La no violencia para alcanzar el corazón de los hombres necesita aplicarse a tareas profundamente justas y verdaderas.

Desde luego, como requisito sustancial, está la tarea de servir el amor y de derrotar el odio. Por ahí pasa la más significativa de las barreras que separan la no-violencia en la pureza de sus intenciones.

La causa de la no-violencia tiene que ser tan clara como para que, llevada al límite, "un solo individuo puede desafiar todo el poder de un imperio basado en la injusticia y, dejando a salvo su honor, su religión y su alma, conseguirá quebrantar los cimientos de ese imperio o promover su regeneración", nos decía Gandhi.

La no-violencia, en ese sentido es hija de la luz. No puede allegarse a las tinieblas sin con ello perder todo el resplandor del cual brota su energía. Necesita estar expuesta a la plena percepción de la sociedad tanto en cuanto sus motivaciones, sus métodos y sus objetivos.

Siendo la no-violencia un método de la Paz, necesariamente

tiene que ser compatible con la justicia, la verdad, la libertad y el perdón. No podrá ser de otra manera sin caer en contradicción esencial. Por esta razón, todo indica que la causa de los no-violentos siempre debe ser capaz de concitar la simpatía de los espíritus más puros y selectos de cada tiempo.

Hay un cierto sentido natural de la justicia y el equilibrio en el corazón de los pueblos. Son capaces de distinguir —casi intuitivamente— aquello que vale la pena de lo que no. Y es hacia esa potencia espiritual que debe orientarse siempre la tarea de la no-violencia.

Sirvió para luchar por la independencia nacional de la India. Sirvió para poner fin a la segregación racial de los Estados Unidos. Sirve para abrir un espacio de libertad en los países comunistas. Es el camino para hacer posible la Paz y la Reconciliación en cualquier sociedad, desgarrada por el odio, la violencia o la opresión, y en ese sentido su causa se hace universal.

Pocas causas más justas que la Paz. Y por eso, pocos métodos más universalmente eficaces que la no-violencia. Y en ese sentido, más potencialmente recurrentes en todos los niveles donde la Paz se crea o se pone en peligro.

En ese sentido, la no-violencia tiene una dimensión individual que se traduce en un estilo de vida cotidiano de las personas, los grupos y las sociedades. Pero tiene, también, un estilo colectivo que se expresa ante los grandes desafíos de una sociedad y de la capacidad que ésta tenga de movilizar, creadora-mente, sus energías. En este último caso, la justicia de la causa debe ser transparentemente justa ante los ojos de los grupos más esclarecidos espiritualmente de esa sociedad.

En esos casos, los pueblos son capaces de desatar energías absolutamente inesperadas.

3. La Realidad Chilena y la No-Violencia

Esta experiencia de la no-violencia como método de la Paz dice relación con valores y situaciones universales. Y nada indica que lo que resultó bueno en una circunstancia particular pueda serlo, igualmente, en otra. Sin embargo, creemos que la realidad chilena del presente resulta muy apta para plantearnos en torno al problema de la no-violencia.

En el diagnóstico que hiciéramos en la Introducción dejamos en claro la necesidad de Paz que tiene la sociedad chilena, el trauma que tiene con la violencia y la urgencia de una profunda reconciliación nacional.

Se trata, ahora, de explicitar algunas razones del porqué la no-violencia resulta ser un imperativo para el Chile del presente.

a) La Experiencia Histórica.

Puede decirse que, históricamente, el estilo chileno de convivencia ha sido la no-violencia. Ella se ha expresado en una enorme capacidad negociadora, en un sentido muy profundo del diálogo y la tolerancia, en una forma de ser social muy sin aristas. Aquello que se dice del chileno cuando se le define como "componedor" es un elemento central de la no-violencia.

Un distinguido sociólogo argentino, Horacio Godoy, ha llegado a afirmar que la negociación es, en nuestro país, un ver-

dadero "deporte nacional". Los chilenos disfrutaban de la negociación con verdadera alegría, hasta el punto de apenarse cuando los problemas llegan a encontrar su solución definitiva.

No comparto el juicio de Godoy hasta ese extremo. Sin embargo, en lo esencial no cabe duda que apunta a un elemento central de nuestra cultura.

Otros autores insisten sobre esa realidad. Como Julio Heisse en su estudio sobre el Parlamentarismo en Chile, y Luis Barros y Ximena Vergara en su libro sobre el "Modo de Ser Aristocrático". La mesura, la ponderación, el respeto por el adversario, la voluntad de llegar a acuerdos, la intención de no romper con el otro, fueron la trama central de nuestro modo colectivo de comportamiento.

Aun en el tono de voz, en el trato personal y público con los demás, nuestro estilo estaba totalmente alejado de toda forma de exceso y de violencia. La caballerosidad era un elemento de orgullo y satisfacción entre nosotros. La tolerancia era una virtud cuya pérdida llevaba muy rápidamente al descrédito social.

En otras palabras, históricamente en Chile jamás fue necesario explicitar una teoría o un movimiento de la no-violencia. Ella era el meollo central de nuestra forma de convivencia.

De ahí que, perdidos esa ponderación y ese equilibrio, plantearse en términos de no-violencia equivalga a poner en vigencia, nuevamente, algunos rasgos muy connaturales a nuestra personalidad nacional. A retomar conciencia de la importancia que ello tiene para una vida pacífica y constructiva. Desmontar aquellos mecanismos psicológicos, aquellos hábitos o aquellas ideas que nos llevaron por el camino de la violencia.

En suma, se trata de reencontrarnos con nosotros mismos. Con nuestras tradiciones. Con nuestra personalidad nacional. Con lo más enaltecedor y distintivo de nuestra cultura.

b) Su Importancia Psicológica.

Si el país está traumatizado se necesita sanarlo del miedo. Y para ello hay que buscar formas que le restituyan su seguridad.

Si el país se repone de un pasado cargado de tensiones, es necesario garantizarle un futuro lleno de Paz.

Si el estilo del pasado reciente fue el odio, la intolerancia, la persecución, el insulto y la violencia, se trata de proponerle sus antídotos. Ofrecerle amor, tolerancia, comprensión, acogida, generosidad, respeto y paz para el porvenir.

Si se hizo patente entre nosotros la voluntad de destrucción de unos contra otros se trata, ahora, de convencernos de que debemos encontrar una forma de vivir todos juntos. De compartir la Patria que Dios nos dio, sin distinciones ni exclusivismos. De aceptarnos como discrepantes pero no como enemigos irreconciliables.

Si a la agresión de unos se respondió con la despiadada venganza de otros, se trata de romper de una vez para siempre el círculo vicioso del odio, la violencia y la venganza. Se trata de hacer brotar el perdón entre nosotros, como una forma de valorizar más el futuro que el pasado.

Si la violencia, en todas sus formas, estuvo en la raíz del problema, la no-violencia, en toda su amplia gama y en todos sus niveles, debe estar en la raíz de la solución.

Debiéramos hacer nuestra —como eje de espiritualidad no-violenta— la Oración Simple de san Francisco de Asís. Para que donde haya odio llevemos amor. Para que donde haya ofensa pongamos perdón. Para que donde haya discordia llevemos unión. Para que donde haya duda llevemos la Fe. Para que donde haya error llevemos verdad. Para que donde haya tristeza llevemos esperanza. Para que donde haya tinieblas llevemos alegría. Para que donde haya tinieblas llevemos la luz. En suma, que podamos ser eficaces instrumentos de la Paz.

No reconquistaremos nuestra convivencia pacífica mientras los chilenos, paralizados por sus miedos recíprocos, vivan a la defensiva unos de otros. Hay que romper ese círculo vicioso que tanto le cuesta al país. Y la única forma de romperlo es tratándolo como una voluntad de concordia que se exprese en un método eficaz. Esa es la no-violencia.

Parece cierto que ése es el camino para que cada chileno entienda que no habrá venganza en su contra; que nadie piense que el triunfo de unos significa el fin de otros; para que nadie tema defender sus convicciones y sus intereses pensando que puede ser víctima de una agresión.

Es la no-violencia el único camino que puede darle a nuestra sociedad traumatizada la serenidad y la seguridad necesaria para que se decida a avanzar hacia su reconciliación.

c) La No-Violencia y los Conflictos.

Ya vimos que la Paz es armonía pero no homogeneidad. En ese mismo sentido, la no-violencia no significa el fin de la heterogeneidad social. Por el contrario, la supone.

La no-violencia supone que el conflicto es inherente a la naturaleza humana y a la realidad social. Siendo las personas y los grupos heterogéneos, es inevitable que existan diversos intereses y que muchas veces su incompatibilidad lleve al conflicto. Conflictos de ideas y valores; conflictos de intereses económicos; conflictos políticos y sociales; conflictos culturales y regionales; conflictos internacionales.

Partiendo de esa realidad, la tarea que se plantea no es la de ignorar o impedir por la fuerza el desarrollo y la expresión de esos conflictos inevitables. Se trata de mantenerlos dentro de ciertos marcos compatibles con la convivencia pacífica. Se trata de encontrar un método para resolverlos. Ese es el plano de la no-violencia.

Cada cual debe luchar por sus ideas y por sus intereses, de cualquier orden que estos sean, pero mediante instrumentos que no pongan en peligro la Paz social. Rechazando la violencia como un instrumento pervertidor. Como dice Gandhi, se trata de estar contra la violencia "porque sus aparentes ventajas, a veces impresionantes, no son más que temporales, mientras que el mal que ocasiona deja sus huellas para siempre".

Y recurriendo nuevamente al pensamiento gandhiano, "la no-violencia supone ante todo que uno es capaz de combatir. Pero al mismo tiempo hay que reprimir consciente y deliberadamente todo deseo de venganza".

La no-violencia es un método de lucha que se purifica en una línea de humanización ascendente. Es un método de renuncia al odio y a la venganza; que reniega de la destrucción del adversario y aboga por su conversión mediante el perdón y el amor; que distingue entre las apariencias y la verdad de las situaciones sociales y busca un progreso sólido y estable. Por

eso la no-violencia renuncia a ciertos métodos que corrompen desde la semilla el fin que pretenden alcanzar, particularmente la violencia y el odio.

Miradas las cosas en esa perspectiva, se desprenden ciertas conclusiones prácticas que van abriendo un camino concreto por el cual avanzar.

En primer lugar, no se debe olvidar nunca que todos los conflictos son entre personas humanas. En consecuencia, están sometidos a las reglas de la ética que nos obliga a vencer el mal sólo con el bien. También están sometidos a la ley de la caridad porque nuestros enemigos tienen derecho a nuestro amor.

En segundo lugar —y como consecuencia de lo anterior— los conflictos no deben ser nunca globales y totales, sino que siempre circunscritos. No debe haber conflictos de exterminio, sino de confrontación. Los conflictos no deben nunca tender a encontrar una solución de suma-cero; es decir, en la cual una de las partes gana todo y la otra pierde todo. Es posible circunscribir y enfrentar los conflictos de manera de que las dos partes ganen algo, aun cuando en diversas proporciones, o de que una gane algo y la otra pierda algo, pero no todo.

En tercer lugar, se trata de impedir que los conflictos se superimongan unos sobre otros de manera de llegar a una polarización total de la sociedad: de un lado los que tienen todo y en el otro los que no tienen nada. Se trata de descentralizar los conflictos, de manera que siempre existan intereses comunes a todos los miembros de una sociedad.

En cuarto lugar, se trata de que los grupos no concentren todos sus intereses en el control del Estado, sino que perciban la importancia de conquistar un sitio significativo en la sociedad. Históricamente, buena parte de los conflictos en Chile se han dado en torno a la estructura de poder del Estado y no en cuanto a la lucha por mejorar la posición social relativa de los grupos. Eso ha politizado los conflictos y ha tendido a hacerlos globales y totalizantes. Y como resultado de esa experiencia ha quedado demostrado que el poder real —aquel que es permanente y no sometido a los vaivenes del poder— es aquel que nace de la representación social real de los grupos.

Por último, debemos señalar la importancia que reviste para la sociedad chilena el que seamos capaces de reconquistar nuestro

hábito de negociación como forma principal de resolver los conflictos. Renunciar al enfrentamiento odioso, para vencer mediante la persuasión no-violenta.

Una cierta tradición cultural fue expandiéndose entre nosotros en el sentido de que la lucha de los más desposeídos encontraba en la negociación pacífica, en la lucha racional y en el planteamiento respetuoso, un verdadero pantano en el cual podía sucumbir. La lucha por la justicia y de liberación se trató de asociarla con la acción violenta, el desprecio por la ley y los gestos hoscos de enemistad.

Nada más falso y erróneo que esa actitud. Por el contrario, es posible demostrar en forma más que razonable de qué manera el progreso acumulativamente sostenido de los más pobres y de los más oprimidos es tanto más exitoso cuanto más pacífico.

Creemos haber demostrado que no hay Paz sin Justicia; en consecuencia, la tarea no-violenta estará siempre al servicio de los oprimidos, de los que sufren menoscabo de su dignidad y de sus derechos. Sin embargo, también, creemos haber demostrado que la violencia tiende a alejar la justicia y el progreso a pesar de sus falsas apariencias.

En consecuencia, son los pobres, los perseguidos, los oprimidos, los mismos que por su condición de ser más débiles quienes más debieran confiar en el poder de la no violencia. Porque a todas luces, la fuerza es siempre el argumento de los poderosos, de aquellos que sólo confían en el poder de la materia. En ese sentido, la verdadera trampa al desarrollo de la justicia está en convencer a los débiles que en la violencia está su poder, en vez de convencerlos de que es la pureza de su causa y el profundo sentido espiritual y humano de sus reivindicaciones aquel que les otorga su mayor fuerza. Tan sólo necesitan encontrar los medios compatibles con la dignidad del fin perseguido para que su causa progrese.

En resumen, se trata de aceptar la realidad del conflicto y el legítimo derecho de cada cual de luchar por aquello que cree bueno, justo y verdadero. Pero de hacerlo de tal modo que nunca el resultado final vuelva a ser la destrucción de la convivencia social y un serio deterioro del tejido mismo de la sociedad.

Y ello sería muchísimo más conducente para los chilenos que tratar de repetir los errores que produjeron una tan grave crisis. La experiencia histórica ha demostrado que no por mucho madrugar amanece más temprano; todo el apuro por progresar a cualquier precio terminó en un retroceso dramático para los más urgidos. También demostró que no por mucho odiar se resuelven los problemas, sino más bien de qué forma se generan otros nuevos y más complejos.

Una actitud colectiva de no-violencia puede ser el camino más directo y eficaz para enfrentar la acumulación de conflictos pendientes que existen en la sociedad chilena. A pesar de las aparentes dificultades que éste encierra, no me cabe duda de que hoy, como siempre, se trata de avanzar con solidez y sostenidamente, más que arriesgar el todo o nada en cada vuelta de la historia.

Por todas las razones señaladas, la no-violencia demuestra ser el camino más concordante con la idiosincrasia de los chilenos y el único que puede vislumbrarse para alcanzar la Paz y la reconciliación entre ellos.

III. REFLEXION FINAL: A MODO
DE HOMENAJE AL PAPA PAULO VI

www.archivopatricioaylwin.cl

Mientras terminaba de redactar este manifiesto, sobrevino la muerte del Papa Paulo VI. Nada más justo que concluirlo con un homenaje a su permanente preocupación, lucha y exhortación por la Paz entre los hombres.

Llamado el Peregrino de la Paz, recorrió el mundo invitando a los pueblos y sus gobernantes a realizar la Justicia para alcanzar la Paz. Recurrió a todas las tribunas disponibles para hacer conciencia sobre la urgencia de la Paz. Instauró el primer día de cada año como el día de la Paz y durante diez años consecutivos nos iluminó las mil facetas de la Paz y nos señaló los peligros que la acechaban.

Las guerras del Vietnam y el Medio Oriente fueron espinas en el corazón del Santo Padre. El terrorismo, la tortura, la violencia en todas sus formas fueron su preocupación constante. Y llegó hasta el límite de su amor a la Paz cuando ofreció hacerse rehén a cambio de los pasajeros de un avión raptado.

Estamos ciertos que su esfuerzo no fue vano. Como nunca la conciencia de la Paz ha crecido en el corazón y la inteligencia de millones de hombres. El respeto a los Derechos Humanos se ha convertido en un poder movilizador de las personas, los grupos y hasta los Estados. Se multiplican las formas de solidaridad entre los pueblos, las asociaciones y las iglesias. Y el fatídico fantasma de la guerra nuclear parece haberse alejado durante estos quince años de su Pontificado.

Sin embargo, es larga la tarea por continuar. La Paz se debe reconquistar cada día en el corazón de los hombres y los pueblos. Es un esfuerzo que no tiene más descanso que el Reino. Es una vocación que no tiene otro premio que el de la constancia y el coraje, al final de la cual se encuentra el inefable y misterioso galardón de ser llamados hijos de Dios.

Estamos insertos en una tarea tan noble y tan extensa como la historia del hombre. Debemos percibirnos como un eslabón de una larga cadena que se pierde en el tiempo pasado y que se proyecta a un porvenir sin límites. Asumamos la humilde tarea del artesano de la Paz.

Y para el Chile de hoy esta tarea necesita una primera piedra sobre la cual resista todo el andamiaje de nuestra sociedad. Es la convicción más absoluta de que debemos y podemos reconstruir una convivencia pacífica entre nosotros. Es la fe sin dudas acerca de que hoy podremos hacer lo que nuestros padres y abuelos fueron capaces de hacer ayer cuando hicieron posible la estabilidad política, la concordia social y el progreso colectivo.

Es por eso que podemos volver a repetir, como postrer homenaje al Pastor muerto: LA PAZ ES POSIBLE EN CHILE.

Para esta tarea invocamos el Poder y la Gloria del Dios Padre, del Dios Hijo y del Dios Espíritu Santo. Amén.

INDICE

DEDICATORIA	5
PRESENTACION	7
AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCION	11
I. LA PAZ COMO OBJETIVO	17
1. Los Niveles de la Paz	21
a) La Paz Individual	21
b) La Paz Familiar	23
c) La Paz Social	24
d) La Paz Internacional	25
2. La Paz como Vocación	27
a) La Conversión Personal	27
b) Un Estilo Nuevo para la Paz	29
c) La Paz como Opción Social	32
d) La Paz como Oración y Ayuno	34
3. La Paz y sus Condiciones	37
a) La Justicia	38
b) La Verdad	39
c) La Libertad	41
d) El Perdón	42

II. LA NO-VIOLENCIA COMO METODO	47
1. La Eficacia de la No-Violencia	51
a) Los éxitos del amor	52
b) El fracaso de la violencia	54
c) Algunas experiencias contemporáneas	56
2. La Fuerza de la No-Violencia	59
a) No desconfiar de las fuerzas espirituales	59
b) Llegar a ser víctima pero no victimario	61
c) La causa justa y su poder de movilización	64
3. La Realidad Chilena y la No-Violencia	67
a) La Experiencia Histórica	67
b) Su Importancia Psicológica	68
c) La No-Violencia y los Conflictos	70
III. REFLEXION FINAL: A MODO DE HOMENAJE AL PAPA PAULO VI	75

www.archivopatricioaylwin.cl